

PLAZA PÚBLICA
periodismo de profundidad

De esclavas y de **siervas**

Víctimas del crimen en Guatemala

alejandra gutiérrez valdizán

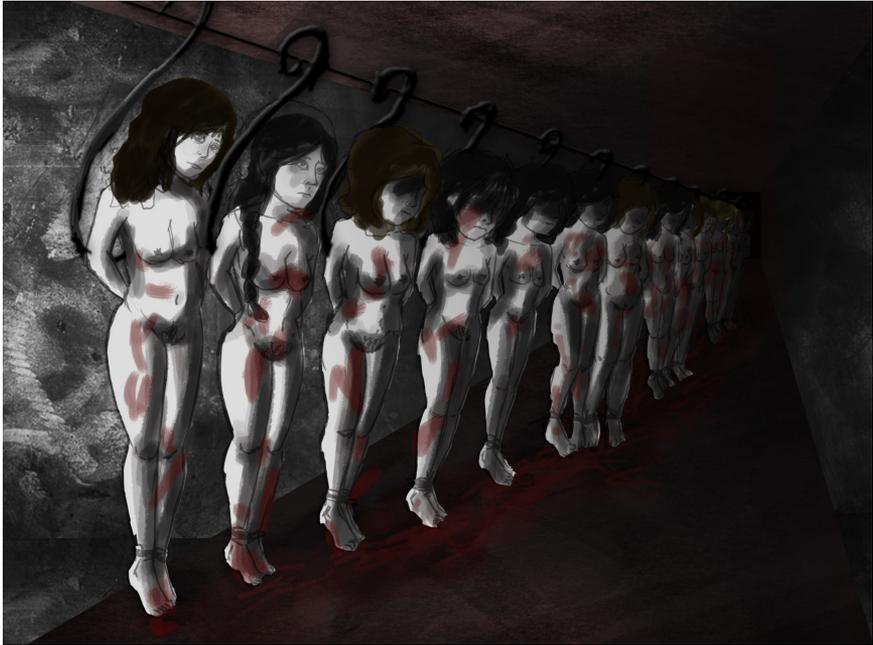
De esclavas y de siervas

Víctimas del crimen en Guatemala

Texto: Alejandra Gutiérrez Valdizán

Fotografías: Sandra Sebastián

Ilustraciones y diagramación: Gabriela Futch



Índice

Introducción	5
Capítulo I: La escurridiza red de los cuerpos ocupados	6
Capítulo II: Las sombras de la sombra: reclutas del crimen organizado	41

Introducción

El crimen organizado crea redes, alianzas, amplía sus territorios de acción y sus modalidades para delinquir. Conforme se infiltra en las instituciones o en los barrios y se fortalece, también crece el número de víctimas. Como parte de un especial latinoamericano, Plaza Pública hizo un acercamiento a dos de las estrategias que utilizan las mafias para conseguir sus fines: En ambas, las mujeres salen perdiendo.

Los guatemaltecos son víctimas de la violencia, de balas perdidas, de la delincuencia común. Se repite cotidianamente el fatal “estar en el lugar equivocado en el momento equivocado”. Son víctimas también de las redes de secuestro, de las bandas de roba autos, de las organizaciones dedicadas a la extorsión. El crimen organizado, en algunos casos, llega más lejos se apropia y utiliza a las personas como objeto de cambio, como producto, como herramienta. Las mujeres son especialmente vulnerables en el mundo, pero particularmente entre Colombia, Centroamérica y México.

En un especial, coordinado por Insight Crime, en trabajo conjunto con *Verdad Abierta*, *El Faro* y *Animal Político*, Plaza Pública se acerca a dos casos en los que la mujeres se convierten en esclavas o en siervas de las mafias: la trata de personas y explotación sexual, y las que entran a sus filas.

I.

La escurridiza red de los cuerpos ocupados

Sobra una rocola y hace falta un ataúd. En la cantina sin nombre todo es un poco lúgubre, un poco sucio, un poco triste. Un poco como un funeral. Uno de los hombres aprieta a una mujer por la cintura y se tambalean lentamente frente al aparato lleno de luces del que sale la música. No se miran uno al otro. En una silla pegada a la pared, otra mujer está sentada junto a un hombre mayor; los separa una mesa atestada de litros vacíos de cerveza. Ella hace esfuerzos por no dormirse, sus párpados se cierran por largo tiempo hasta que frunce la cara y vuelve a servir más cerveza. Sólo en el rincón hay un ambiente festivo, más botellas sobre la mesa, mientras un individuo fornido, con chaleco de guardaespaldas, se sienta junto la mujer del güipil más lujoso.

Es posible detectar a quién le va mejor en la vida por el güipil, mejor económicamente. Los bordados de estas blusas de las indígenas mayas son más ricos, más cuidados, la tela más fina. La luz aquí es escasa y las paredes sucias, descascaradas, amarillentas, están cubiertas por afiches con mujeres rubias, tetonas, altas y en bikini que promocionan cerveza. Contrastan las modelos de las fotos con las q'eqchíes que atienden el local.

La mujer que bailaba apretada al hombre desaparece de escena. Eso sucederá toda la noche: de pronto una de las cuatro se esfuma por la única salida que da a la calle y vuelve media hora después, con uno de los hombres. Vuelven de los hoteluchos de la vuelta de la calle.

Es la Novena avenida del centro de la Ciudad de Guatemala. Los muros sucios, rejas en las ventanas, las camionetas lanzan chorros de humo y las farolas iluminan menos.

A sólo tres calles está la remozada, iluminada y peatonal sexta avenida, con cafés recién inaugurados, a los que las mujeres venidas de las Verapaces, en el abandonado norte del país, probablemente no vayan nunca. A tres cuabras está también el Palacio Nacional de la Cultura, la sede de Gobierno.

A la novena avenida algunos le llaman “la Tijuanita”.

Ellas desconfían al principio, intentan disimular la sorpresa de que dos mujeres incursionen en ese espacio tácitamente dedicado a los hombres. Son ellos, los hombres, los que pagan el doble por una cerveza. Y son ellas, las mujeres, “las ficheras”, las que se quedan con una parte de ese precio. Las “ficheras”, ese nombre que reciben las camareras que ganan comisión por emborrachar a los clientes y cuya tarea implica, casi siempre, emborracharse a su lado. Llegan a tomarse hasta 24 cervezas en una noche, confesarán después. La mujer que está a punto de dormirse, desde su lugar hace un gesto de “salud”, entre parpadeo y parpadeo, arruga la cara y ríe a carcajadas. El hombre que está junto a ella sigue bebiendo en silencio. Y la que bailaba antes, ahora pasa junto nosotras. Preguntamos: “¿Quién es el dueño aquí?”

Ella con disimulo señala a los que parecen más contentos y dice: “la señora”.

El hombre del chaleco, el que está junto a “la dueña” del güipil lujoso, se acerca a la mesa de las extrañas, a nuestra mesa, y eleva la voz y finge una especie de acento foráneo, para que según él le entendamos.

–Buenas noches, señoritas. Bienvenidas a mi local-, y acto seguido su conversación intenta averiguar qué diablos hacemos allí.

Le hablamos de un paseo –mentira–, de una afición a las rocolas –verdad–, de una decepción amorosa –media verdad–, de las ganas de emborracharnos –por motivos profesionales–. El hombre se convence. Se infla y asegura que éste es su negocio, ella sólo es la encargada de cuidarlo. Se sienta a nuestra mesa. Dice que tiene un BMW y que fue a la universidad, confunde el nombre y es incapaz de decir lo que estudió, criminalística, o algo así. Dice ser kaibil –la fuerza del ejército de elite, admirada por muchos y temida por muchos más–.

–¿No tiene problemas de seguridad aquí? –preguntamos con el tono con que en otros países se pregunta por el clima.

–No. ¿Y saben por qué? –dice bajando la voz– ¡A mí me pela la verga! Porque yo trabajo en la Presidencia.

Cuelga de su cuello, escondido bajo la camisa, un gafete. Lo muestra con orgullo. En él su fotografía y el logo del Gobierno. Alcanzamos a registrar su nombre. Pero lo vuelve a guardar rápidamente, lo que impide ver en qué institución.

–Una vez vino la policía y estaban tratando de extorsionarme. Entonces llamé a la ORP (la oficina de responsabilidad policial). Tengo un mi cuate con ellos. “Mirá, vos, fijate...”. Y a los diez minutos ya estaban aquí.

Es imposible, por el momento, saber cuánto es alarde y cuánto es cierto.

–Yo vengo aquí con el carro del Estado. No entro. Sólo paso a recoger el dinero.

–¿No han tenido problemas las chicas? ¿Qué algún cliente se ponga violento o que haga problemas?

—Ese es problema de ellas —responde sin pensarlo—. A mí me vale vergas. Que ellas vean cómo se salvan. Su cuerpo es su cuerpo.

Su cuerpo es su cuerpo. Sus cuerpos siguen embriagándose. Sus cuerpos se esfuman entre las cortinas para reaparecer en el cuarto de un hotel con un desconocido, por menos de cien quetzales (US\$12). Hoteles en donde no es tan raro hallar cuerpos de mujeres asesinadas sin identificar. Su cuerpo es su cuerpo.

Él sigue hablando. También es propietario de una empresa de seguridad privada.

De pronto, recibe una llamada, se levanta con prisas y se despide serio y con mucha menos amabilidad que con la que se presentó.

Quedan sólo las mujeres, una mesa con unos jóvenes que hacen malabares entre la mayoría de edad y la adolescencia, un hombre solitario de pelo cortado a ras, y otra mesa con un joven de gorra de beisbol que insiste con agresividad en sacar a bailar a todas.

Invitamos a la mujer somnolienta a acercarse a nuestra mesa. Es pequeñita, casi enana. Pone en la rocola Calle 13, que rompe con varias horas de rancheras, baladas y bachata y ahora parece más despierta. Explica que llegó aquí porque una de sus compañeras la llamó. Ella trabajaba antes en servicio doméstico, pero apenas le alcanzaba para vivir y tiene tres hijos en su pueblo, tiene que enviar dinero. Ella asegura que sólo “ficherea”, no se va con los clientes. Es madre soltera. Pero no le gusta este lugar. La tratan mal, admite, mirando de reojo a la compañera más maquillada, la que bailaba más, la que desaparece con más frecuencia y que aparenta ser la mano derecha de la encargada. Aquí no le dan comida. En otro lugar en el que estuvo sí le daban.

Duerme en la trastienda, escondida tras la barra por una cortina. (Alguien explicará después que probablemente es un espacio con colchones y petates en el suelo donde duermen todas hacinadas —quien nos lo explica, una trabajadora sexual que lidera una organización, asegura que en la zona de Tijuanita,

de la Novena, funciona igual en todos los locales. También nos dirá que los Q1,100 que afirman ganar de salario base son mentira, que rondan los Q800 (US\$100 al mes), menos que el salario mínimo legal de Q2,040 (US\$260)-. El redondeo del salario es a base de las fichas y sí, por “ocuparse” con los clientes. En El Salvador le dicen “ocupar” a “utilizar”; el diccionario dice: “ocupar: Tomar posesión o apoderarse de un territorio. Llenar un espacio o lugar”.

Se sientan tres a nuestra mesa, incluida la administradora o “la dueña”. Sólo la más joven, que apenas habrá cumplido la mayoría de edad, se queda tras el mueble que hace de barra y custodia las refrigeradoras con cerveza. Ahora los parroquianos beben solos, aunque les siguen comprando cervezas a las chicas e invitándolas a botellas que ellas traen a nuestro puesto. Intercambiamos cigarros, reunimos monedas para la música. Reímos y brindamos.

Varios litros después, se ponen serias y cuentan: todas vienen de pequeñas aldeas, todas tienen hijos allá, todas son madres solteras, no vislumbran otra posibilidad que trabajar en la cantina sin nombre, o en otro lugar similar en algún punto de la ciudad –El Trébol, La Terminal, El Cerrito, Zona 6–.

La del güipil caro se vanagloria de ser la propietaria del lugar. “La patente está a mi nombre”, dice orgullosa. Si en algún momento llega a haber un allanamiento, un problema legal, o finalmente las autoridades decidieran entrar a Tijuana, e investigar si allí hay explotación sexual, ella sería la que iría a prisión. El que dice ser el dueño, el que recoge el dinero en carro del Estado, según él, estaría tranquilo, su nombre no tiene rastro allí.

¿Qué pasa si toca ocuparse con un tipo violento, con un patán que no respete? Sonríe. “¡Es que no hay que ser tontas! ¡No hay que pensar! Se piensa en el pisto: el pisto es el pisto”. El dinero es el dinero. No hay que pensar.

Llega la policía a la Novena. Esas supervisiones que se realizan de rutina los fines de semana. Un convoy de unas doce patrullas, con las luces iluminando los herrumbrados carteles. Los policías descienden armados de la parte trasera de los picops bajo una llovizna liviana. Recorren los antros. “Ya se fueron los que venden droga”, dicen las mujeres sobre los que se dedican al

narcomenudeo en las esquinas y susurra una, también en algunas cantinas. “Aquí no pasa nada”, dice otra, “mi primo es policía”. Y en efecto, entran dos agentes a la cantina sin nombre, dan un vistazo y se van. Y no pasa nada.

Uno de los clientes, el de pelo corto, confiesa: “Yo soy policía, pero a ellos no les digo nada”, y muestra una fotografía uniformado. Ellas murmuran que hay que tener cuidado, junto a la mesa del policía, el que invita agresivo a bailar es el asaltante de la cuadra, todos saben que es el que se encarga, pistola en mano, de robar celulares por la zona.

La pequeñita asegura tener novio y nos informa que a él no le gusta que trabaje allí. Para que no la oiga la jefa, baja la voz y adelanta que se irá al día siguiente, se va a otra cantina por El Trébol, donde sí les dan comida. La encargada que hace unos minutos era altiva y decía que no hay que ser tontas y que no hay que pensar; ahora también se quiebra: llora, su esposo está preso, ella tiene que trabajar por sus hijos, que están al cuidado de su madre en Vera-paz. “Mañana lo voy a ver a la cárcel”, solloza, e intenta secarse las lágrimas. La pequeñita asegura que el jefe porta pistola –nada extraño en Guatemala, un país de 14 millones de habitantes, donde se calcula que circulan más de un millón de armas de fuego, 800 mil sin registro–.

Sigue lloviendo. Nos vamos. Dejamos tras las cortinas a las mujeres, recordar a sus hijos las ha puesto tristes. Se quedan alrededor de la mesa. Los autos y la lluvia acallan la música de los otros negocios, entran parejas a los hoteluchos. El semáforo parpadea. En la cantina sin nombre ya no suena la rocola.

A ciegas en el laberinto

Parece una escena inofensiva y de tan cotidiana, normal. Las mujeres no están atadas y parecieran no estar forzadas a estar allí. No hay despliegues espectaculares de hombres armados y fuerza. El dueño de la cantina sin nombre es un solo hombre, al menos es lo

que dice, y cuesta relacionarlo con redes o con el delito. Pero este individuo es uno de los nudos de micro redes del crimen. Primero, en Guatemala está penada la explotación sexual –incluido el proxenetismo-. Segundo, a partir de locales como éste se ha ido tejiendo una red de captación de mujeres que son enganchadas y retenidas –por fuerza o por la necesidad de ellas- para beneficio de terceros.

La Convención de Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, también llamada la Convención de Palermo define que como ““grupo delictivo organizado se entenderá un grupo estructurado de tres o más personas que exista durante cierto tiempo y que actúe concertadamente con el propósito de cometer uno o más delitos...”. En negocios repartidos por la ciudad capital y en zonas urbanas de toda Guatemala, se replica el sistema: captadores que buscan a las mujeres en poblaciones pequeñas –utilizan engaños, en algunos casos pagan por ellas a sus familiares y en otros, poco documentados, las llevan por la fuerza-; los encargados del transporte, en donde se pierde el hilo con el primer captador, hasta llevarlas a estos locales en donde viven en precarias condiciones, en donde se encuentran con los “cuidadores”, casi siempre mujeres que se encargan de la administración. En otros casos el sistema es más expedito, las mismas mujeres se acercan a los locales, provenientes de las zonas rurales, empujadas por la necesidad; luego es probable que ellas mismas hagan de captadoras con las vecinas de sus poblados.

Días después de la visita a la cantina sin nombre se investigó si el supuesto propietario trabajaba en la entidad estatal que él afirmaba. Hay tres homónimos en los departamentos de la Presidencia. Sin embargo, las posibilidades de que el dueño de un solapado burdel sea el mismo que el de un funcionario público son altas. Uno de los nombres encaja con su lugar de procedencia. La empresa de seguridad privada no aparece registrada, pero eso no implica que no exista, hay 300 compañías de seguridad funcionando sin licencia del Estado.

Decenas, cientos, de cantinas con el apelativo de cevichería, chicharronería, comedor, funcionan de formas similares en toda Guatemala. En otras zonas de la ciudad, con instalaciones más lujosas, funcionan como “night clubs”, aunque para fines legales son lo mismo. Con diferentes modalidades, todos están cometiendo un delito: explotación sexual. Los métodos de coerción son variados.

Y es que las redes de trata y de explotación sexual están tejidas con hilos invisibles. El delito es difícil de detectar, lo dicen los expertos, los fiscales, los libros, lo dice la observación, las mismas víctimas a veces no saben que lo son. Encontrar las dimensiones del crimen es también complicado, imposible quizás. Han surgido alertas mundiales en los últimos años, abanderadas por Naciones Unidas, en las que se asegura que el fenómeno es gigantesco, una red de traficantes de esclavos se globaliza y miles ¿millones? de personas caen en ella. La mayoría, mujeres y menores, son transportadas entre países o en su mismo territorio, con engaños, por la fuerza, manipuladas.

Kevin Bales, autor de *La nueva esclavitud en la economía global*, señala como características fundamentales de la esclavitud moderna la ausencia de propiedad legal sobre el esclavo, el coste de adquisición bajo, la alta rentabilidad que obtiene el explotador, y el carácter temporal del abuso, pues renueva las víctimas en lugar de obtener provecho de las mismas durante décadas. Se afirma que después del tráfico de drogas y de armas, la trata de personas es la actividad ilegal más lucrativa del mundo.

La Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD) declaró que US\$32 mil millones (Q250 mil millones) se generan por el negocio cada año. Bales afirma que son 27 millones de esclavos en el mundo –la mitad de ellos en la India–. Pero todo son proyecciones. El dinero tiene esa habilidad para mimetizarse con otros billetes más limpios, en sistemas bancarios sin demasiado

control, especialmente si para buscar el rastro se ve de reojo y se busca sin querer encontrar. Guatemala, por ejemplo, es uno de los nueve países en el mundo en el que Hacienda no puede verificar si lo que los ciudadanos declaran que ganan es lo mismo que ingresan en su cuenta bancaria.

Esas esclavitudes tienen diferentes rostros y máscaras. No es necesario tener encadenadas a las víctimas para que éstas no puedan liberarse. Hay grilletes más pesados y perversos: la pobreza, la necesidad, la falta de oportunidades, el engaño, la violencia, el chantaje e incluso la manipulación emocional. ¿Cómo detectar y detener un delito que es como un pez bañado en mantequilla en una laguna de aceite turbio?

Lugares como la cantina sin nombre o los “night club”, en todos hay delitos; alguien está obteniendo beneficios económicos por la “utilización” del cuerpo de otra persona. Es penado por la ley. Es decir, el delito de trata incluye al de explotación sexual y es allí donde se esconden todos esos lugares que hasta hace muy poco no eran considerados ilegales. La propia normalidad con que siguen funcionando, la complicación de conseguir que las víctimas se reconozcan como tales y asuman que el patrón que las contrata y el “cliente” que paga por tener relaciones sexuales con ellas están delinquiendo; que la propia sociedad no entienda el por qué es ilegal que alguien utilice el cuerpo del otro para su propio beneficio; complican mucho más la persecución y las redes se fortalecen. Sí, en estos lugares ellas pueden salir y entrar, parecería que están por propia voluntad, pero se desconoce el hecho de que esa voluntad probablemente ha sido doblegada por otras circunstancias ajenas a estos espacios de rocolas y espejos.

En Guatemala, en 2009, la Comisión Nacional de la Adolescencia y la Niñez (institución coordinada por entes estatales en las que

participan oenegés) calculaba que unos 15 mil niños, adolescentes y jóvenes eran víctimas de trata en el país. Pero es una cifra cuyo sustento estadístico no está claro –dados los datos del Ministerio de Gobernación (Mingob) y el Ministerio Público (MP)–. Activistas que se encargan de dar resguardo a víctimas dicen que el asunto es más grave y que las instituciones de seguridad y justicia no tienen una panorámica correcta.

Leonel Dubón, director de la oenegé Casa Alianza y fundador del hogar Refugio de la Niñez –que se especializan en dar acogida a víctimas de violencia sexual y trata–, tiene registrados 120 casos de trata en el año y asegura que hay regiones del país –las Verapaces, en especial– en que se detectan casos de mujeres desaparecidas con mucha más frecuencia que las que las autoridades registran.

Alexander Colop, el abogado que dirige la fiscalía de trata del Ministerio Público (MP), no se arriesga a dar datos. El sistema que hasta ahora se utiliza en el MP no diferencia las diversas modalidades de trata –adopción irregular, explotación sexual o laboral–. Colop evita hacer proyecciones del fenómeno, se rige por las denuncias e investigaciones que ingresan al MP. “Se escucha, se habla de historias, (pero) el no tener estudios puede generar información que no sea real”, dice el fiscal. En lo que va del 2012 -hasta agosto-, el MP ha registrado 446 denuncias por este delito, mientras que el Ministerio de Gobernación tenía contabilizados a julio de este año 80. Colop reconoce la deficiencia del control de estadísticas y asegura que el MP está implementando un nuevo sistema que permita llevar un registro certero.

El MP, el Mingob y la Procuraduría de Derechos Humanos (PDH) presentan informes dispares. En 2009 con la Ley contra la violencia sexual, explotación y trata de personas, se instituyó la Secretaría contra la Violencia, Explotación Sexual y Trata de personas (Svet)

—ente de la Vicepresidencia-. Sin embargo, fue hasta agosto de este año —tres años después de su formación— con la visita de Najat Maalla M’jid, la Relatora de Naciones Unidas ONU sobre venta de niños, prostitución infantil y utilización de niños en pornografía, que la Svet entregó un informe y firmó un acuerdo con la Organización Internacional para las Migraciones para hacer monitoreos —tarea incumplida desde 2009-. Una de las conclusiones de la relatora fue la imposibilidad de tener un diagnóstico adecuado —en referencia a la trata infantil— “debido a lo contrastantes que le resultan los datos de las distintas instituciones”. M’jid encontró que las instituciones gubernamentales no tienen definidos sus roles en cuanto a la trata infantil y que eso impide una fiscalización de sus obligaciones. Su conclusión se puede extrapolar a la trata de adultos.

La ley penaliza la “promoción, facilitación o favorecimiento de la prostitución”; es decir, prohíbe el proxenetismo a extremos de rigurosidad como el de Suecia. No obstante, hay una especie de acuerdo tácito entre instituciones —la policía y las municipalidades, por ejemplo—, en el que si no hay denuncias, la explotación sexual sigue funcionando sin que haya demasiadas acciones que persigan de oficio el delito.

Hay muchas instituciones estatales, secretarías, departamentos de los ministerios, involucrados en la prevención, en la protección y en la persecución, pero da la impresión de que funcionan de forma aislada unas de otras y que más bien se encargan de apagar fuegos, sin que se descubran las cabezas y las raíces.

Hasta hace unos meses, a pesar de la ley, las trabajadoras sexuales estaban obligadas a portar una tarjeta de salud que las etiquetaba como tales y que garantizaba que no padecían de alguna enfermedad de transmisión sexual. Por un lado se daba alguna protección sanitaria a las mujeres, pero implicaba que el Ministerio de Salud

indirectamente certificaba a las mujeres para tranquilidad de un cliente o un patrón, que si se cumpliera la ley, serían delincuentes. Un doble rasero en el que el Estado por un lado criminaliza, pero por otro deja estar. Y que, también, abandona en una calle oscura y desolada, en total vulnerabilidad, a las mujeres que por opción personal deciden prestar servicios sexuales.

Las cifras no coinciden entre instituciones cuyas responsabilidades se entrecruzan con funcionarios desinformados. Esfuerzos evidentes en otros espacios –la Fiscalía, el Ministerio de Gobernación- al final son acciones asiladas. Con tareas pendientes en todos los aspectos de los Derechos Humanos, a ciegas, con contradicciones, el Estado intenta proteger a las mujeres. Pero el esfuerzo no alcanza y las continuas zancadillas que el Estado se da a sí mismo y que le da el crimen organizado siguen ensañándose contra las más vulnerables.

La vida no tan alegre

Carolina está cansada. Tiene la piel manchada y el pelo revuelto en un moño. Tiene los ojos color caramelo. Trae un bebé sujeto a la espalda. Estuvo haciendo cola en el centro de salud por varias horas. Hoy encuentra refugio en esta casa iluminada con techos altos y paredes blancas.

En un salón amplio, las trabajadoras sexuales aprenden a hacer artesanías y bisutería. Reciben cursos de salud sexual y hacen terapias psicológicas y de autoestima. Se escucha en uno de los salones a la capacitadora: “su cuerpo es su cuerpo”. Les plantean el trabajo sexual como una opción que deben tomar ellas y que han de ser conscientes de que nadie tiene derecho a explotarlas. Les hacen ver que tienen otras elecciones y que ellas deben decidir. Por la Organización de Mujeres en Superación (OMES) pasan decenas de mu-

jes, muchas de ellas mayores de cincuenta y sesenta años. Yanira Tobar, la directora de OMES, explica que de vez en cuando llega una anciana de 84 años que se sigue prostituyendo en La Terminal.

Tobar es trabajadora sexual. La clave para ella es “la dignidad”, la decisión propia. Pero, ella misma lo reconoce: es complicado dilucidar cuándo es una decisión propia y cuándo son las circunstancias, la pobreza, los tratantes manipuladores, o el mismo sistema el que las obliga a ejercer el oficio.

Carolina acepta hablar y dar la cara para las fotos. Prefiere que se publique su nombre de “rol”. Su verdadero nombre es un juego de palabras hermoso, pero muy poca gente lo conoce: ha pasado demasiado tiempo siendo Carolina.

Ella nació en San Vicente, en El Salvador. A su padre nunca lo conoció, su madre murió cuando ella tenía nueve años. Se crió con sus abuelos hasta que ellos murieron y se fue a vivir con su tía. A los 14 años la tía la trajo a Guatemala, le dijo que trabajaría como empleada doméstica en una casa.

“Yo llegué allí y la noche que mi tía me llevó, la señora de la casa me puso a lavar una pila llena de trastes. Que lavara, me dijo, y después me fuera a un cuartito y que allí estaba la ropa que iba a usar. Le dije: ¿para dormir? Y ella me dijo: No, ¿tu tía no te comentó algo de lo que ibas a hacer aquí? Esto es un prostíbulo. Yo, gracias a Dios, estudié a tercero básico y entendía el significado de las palabras. Yo no he trabajado así. No lo has hecho, pero aquí lo vas a comenzar a hacer. Yo tengo miedo, no se nada de eso. Vas a empezar y después ya vas a ver como de repente hasta te va a gustar. Me bañé y me dio una toalla. En el ropero está un par de zapatos que te vas a poner, me había dicho. Cuando abrí el ropero estaba un hombre allí, era un hombre ya grande, yo me asusté. Vine a sacar unos zapatos. No vas a encontrar zapatos, me dijo. Quitate la toalla yo voy a ser tu primer cliente. Pero si el consumismo está allá afuera. Vos aquí venís

a putear, me dijo. Empecé a temblar. Ya estaba bajo efectos del licor, se le sentía el aliento. Si no lo querés por las buenas lo vas a tener por las malas. Acostate, me dijo, me acosté con miedo siempre. Nunca has tenido marido. No he tenido, le dije yo. Se sacó su pene erepto y se empezó a echar vaselina, empezó a manipularme, me agarraba duro de la espalda, me socaba con los dedos, no hagás más movimiento porque aquí nadie te va a defender. Por miedo a que me hiciera algo peor no hice nada. Sangré bastante, tenía 14 años, pasé con mucho dolor de cintura, me dolía la cabeza, tal vez era emocional, con fiebre, tengo síntomas como de gripe o algo, le decía yo a la señora, ya se te va a quitar, me decía, y me tiraba unas pastillas”.

Carolina estuvo tres años encerrada en esa casa. La dueña la ataba de pies y manos y la golpeaba. Su única salida era, muy de vez en cuando, ir al mercado con alguna otra compañera. La llevaban vestida de chico. Había otras dos menores en la casa, pero “a ellas se las llevaron unos hombres, pagaron por ellas y se las llevaron saber para qué”. La mujer que sostiene ahora un bebé sano y tranquilo, también tuvo un bebé en el encierro, ¿quién era el papá?: “Saber”, uno de los clientes.

La dueña de la casa no le pagaba, se evadía diciendo que el trato era con su tía y que le debía dinero por su ropa, sus zapatos y el maquillaje que utilizaba para el trabajo. Carolina sospecha que la señora tenía pactos con la policía, les daba dinero y venían también los agentes a recibir servicios sexuales, incluso, dice Carolina, había una policía lesbiana que llegaba allí.

A los 17 años ella tomó a su hijo y convenció al encargado de seguridad de aquella casa en la zona 6 para que la dejara salir. Le dijo que iba a comprar tortillas. Se lanzó temerosa a una ciudad que desconocía. Carolina siguió trabajando en la calle, de “ambulante”.

—Lo seguí haciendo en la calle, en la calle es diferente el trato, pero al final es igual porque uno sigue de víctima de los clientes, de las amis-

tades, de los vecinos que dicen cosas de la gente de la vida alegre. Abusan sexualmente de uno y no pagan, lo golpeaban a uno. Yo siento que esta vida no tiene nada de alegre.

Carolina continúa con una rocambolesca biografía que incluye el trabajo en otro local donde las que la maltrataban eran las compañeras de trabajo. Sigue la convivencia con un hombre, con quien tuvo siete hijos, que fue alcohólico y la golpeaba. “Me dio una vida digna”, dice ella. El primer hijo, el que nació de un padre desconocido mientras ella estaba encerrada, fue asesinado en Mazatenango hace unos años, había sido pandillero, se había retirado de la pandilla, pero lo encontraron y lo mataron. “Dicen que fue una equivocación, pero yo estoy segura que era a él a quien iban a buscar”.

Otra pequeña murió a los cinco meses. Abandonó a su marido por los malos tratos y volvió a las calles, en donde se volvió adicta al alcohol y drogas, se enamoró de un hombre que vivía en la calle y allí tuvo otro hijo con él, el bebé que ahora sostiene en brazos. Ahora se refugia con Yanira Tobar, huyendo de más maltratos. Una tragedia que se definió el día que fue llevada a aquella casa, esclavizada en zona 6, una de las áreas en las que 20 años después siguen escondidas casas clandestinas y donde también se encuentran una serie de “night clubs”, con los papeles en regla, en los que las autoridades han hallado a decenas de mujeres centroamericanas encerradas.

La historia de Carolina, cuando fue vendida y fue violada por un tipo que se escondía en un armario, sucedió hace 27 años. Cuando no había legislación, cuando no se hablaba del tema, cuando no había un relator de Naciones Unidas. Cuando se cometía un delito, pero nadie lo veía, o no se consideraba delito. Carolina, de hecho, pensaba que estaba pagando una deuda de su tía, no se sabía víctima. “Hasta ahora lo estoy pensando”, dice.

Rodolfo Kepfer es psiquiatra y ha dedicado su carrera a investigar el tema de

la violencia. Kepfer ve con recelo la “nueva moda” de la trata y la explotación sexual. “Desde siempre ha existido”, asegura, lamentando que nunca se hayan combatido las raíces del problema –de la explotación y la violencia-. Recuerda que en los 70 en los prostíbulos trabajaban muchas mujeres salvadoreñas –las rocoleras, le llamaban algunos- y en los “levantes” –en la calle- se podía observar a cantidad de mujeres indígenas recién llegadas del área rural. En las cantinas las propietarias ofrecían a las recién llegadas con toda tranquilidad.

Kepfer habla de los setentas, lo de Carolina fue en el 85. Trata, explotación y trasiego de personas, al menos en territorio centroamericano por décadas. ¿Cuántos casos, cuántas mujeres pueden haber sido explotadas? ¿Cuántas mujeres como Carolina quedaron marcadas, continúan en encierro o en las calles después de haber sido desechadas? ¿Cuántas redes se han ido tejiendo, fortaleciendo, perfeccionando?

La historia común repetida

Alexander Colop, reconocido por varias fuentes como un acucioso y honesto fiscal, no teoriza, no hace elucubraciones de género o de la doctrina legal. El hombre que ha dirigido la fiscalía y que ha desarticulado varias redes y llevado a juicio a tratantes, prefiere poner ejemplos. Uno de los casos que ilustran a la perfección es el “de la nicaragüense”.

Dinora es de León, Nicaragua, madre soltera, víctima de violencia intrafamiliar y de violación por parte de su padrastro. No había salido de sexto primaria. Tiene un empleo que no le alcanza para vivir, cuando llega una persona que vive cerca de ella y con quien “tuvo algún tipo de relación no sé si fue sentimental, pero una relación bastante fuerte”, dice Colop. El hombre le dice que le conseguirá un trabajo como mesera o limpiando casas.

Dinora viaja a la Ciudad de Guatemala y es llevada a el Cow Boys III, en zona 6, la misma zona donde se ubicaba veinte años atrás la casa donde Carolina estuvo encerrada. El Cow Boys se sitúa en la Calle Martí, vía muy transitada por donde circula todo el transporte que viene del Atlántico al centro de la ciudad. El Cow Boys III funciona dando la cara al público como un “club nocturno”, con los papeles en regla –para que funcione como expendio de bebidas alcohólicas-. Es en este sitio donde le quitan la identificación a Dinora y la obligan a prostituirse. La fiscalía en Guatemala llevaba un tiempo investigando el local, pues había recibido denuncias desde Nicaragua. Se hace un allanamiento, pero Dinora calla y no declara, dice que está por su voluntad. Las otras muchachas hacen lo mismo, callan. La captadora –la figura de la persona que hace “contrataciones” o “cuida” a las mujeres– se hace pasar por una de las trabajadoras sexuales. Llega migración y al no haber denuncia, no las consideran víctimas y las expulsan del país. Víctimas y tratantes en un mismo viaje.

Pasan la frontera y allí las espera un taxi. Víctimas y tratantes regresan juntas a Guatemala. Entonces las llevan a una casa en zona 5, las mantienen encerradas y nuevamente las explotan. Después de unos meses Dinora logra escapar, se acerca a la policía y les pide que la regresen a su país de origen, la trasladan a Migración y allí dicen que ella debe pagar una multa porque se excedió en el tiempo de su residencia en Guatemala –a pesar de que los cuatro países que forman el CA4 permite a los centroamericanos circular libremente por Guatemala y permanecer en el país por seis meses; y la Constitución reza que pueden recibir la nacionalidad con sólo pedirla-.

Ella se comunica con un cliente y éste le da dinero para el taxi y le recomienda ir a la Procuraduría de Derechos Humanos (PDH). Allí se encuentra con Sandra Gularte, jefa de la Unidad para la Prevención de Trata, quien detecta que Dinora es una víctima –pasó por la

policía y migración sin que nadie hubiera dicho nada—. Sandra Gularte la recuerda como “una chica morena, sin pelo, llevaba como una gorra, nunca le pregunté porque no tenía pelo, pero en esto no hay que preguntar más de lo que se tiene que saber”. Entonces Gularte traslada el caso al Ministerio Público, donde inician las pesquisas. Hacen el enlace entre la casa clandestina y el Cow Boys III que funcionaba abiertamente.

La nicaragüense dejó como prueba anticipada una declaración, se hicieron estudios periciales psicológicos y fue retornada a Nicaragua, en donde se protege su identidad. Colop construyó un caso que parecía sólido, con declaraciones de otra víctima, con documentos encontrados en el primer local en donde había estado Dinora, con pruebas que entregaron autoridades en Nicaragua. Pero, en un primer debate los acusados fueron absueltos, pues dijeron que ella había venido voluntariamente a Guatemala. Generó suspicacia que alguien declarara que Dinora era conviviente del hombre que la trajo al país.

Se cuestionó que en la casa de zona 5 no hubiera indicios de explotación sexual. Y no se dio valor probatorio a la declaración de Dinora. El debate reinició y se puso en duda la acusación de la fiscalía por el informe de la psicóloga del Instituto Nacional de Ciencias Forenses (Inacif), en el que la especialista explicaba que la de Dinora era una declaración “plana” en la que no había una carga emocional o muestras de trauma en la víctima —esto lo decía el reporte, aunque en su declaración oral la psicóloga ampliara que es posible que el shock de la víctima le haga reaccionar con estoicismo—.

Ahora, el fiscal prepara otro debate en el que expondrá “la esencia doctrinaria de la ley”. Sagastume y Colop están seguros de que ella es una víctima; probarlo es lo complicado. Así como la víctima debe convencerse de que es víctima, los fiscales deben buscar hasta el detalle mínimo para probarlo, los jueces se enfrentan a casos en los que

la ambigüedad es una de las principales armas de los delincuentes y, a veces, no saben reconocerlo. Y cuando el crimen organizado trasciende fronteras es aún más complicado de asir.

Guatemala es país de tránsito, de estadía y de migración de personas: Circulan mujeres, unas se quedan y otras se van. ¿Cuántos de esos migrantes internos, cuántas de las migrantes centroamericanas rumbo al norte, resultan siendo víctimas?

La tierra de Guatemala, Centroamérica en general, está fusionada con pólvora. Cerillos de diferentes formas –guerras civiles, catástrofes naturales, violencia en las calles, más violencia en las casas– que encienden explosiones y empujan a sus habitantes a huir. En la huida pocos dejan aviso de su lugar de destino, las huellas son borradas por el que viene corriendo detrás.

La guerra interna de 36 años, el terremoto de 1976, la violencia provocada por un monstruo de decenas de cabezas, un Estado pequeño y macrocefálico que se olvida del interior del país y una capital que atrae como imán a los campesinos de las áreas rurales, genera movilizaciones dentro del país y hacia afuera. Guatemala es un puente minado por el que pasan muchos y en el que puede pasar todo.

Como México. El Instituto Nacional de Migración de México, estimaba en 2010, 140 mil “eventos” de tránsito irregular por México; estos eventos podían ser el mismo migrante intentándolo varias veces. La mayoría de esos migrantes son centroamericanos que tuvieron que cruzar o salieron de Guatemala. Uno de cada diez guatemaltecos vive en EE.UU.; uno de cada cinco hondureños; uno de cada tres salvadoreños.

Claudia López, de la Mesa Nacional para las Migraciones (Memamig), explica que “en realidad nadie puede saberlo (cuántas personas salen de Guatemala anualmente) porque justamente lo que hacen las personas que migran indocumentadamente es buscar la forma de salir sin ser vistas –por ende contabilizadas-. Además, entre quienes salen del territorio no se puede distinguir a ciencia cierta cuáles son sus destinos, si van a México temporalmente (trabajadores temporales) si van a Estados Unidos y cuántos logran llegar”. No hay datos de cuántos centroamericanos permanecen en Guatemala o en México sin documentos. Tampoco hay información sobre cuántos podrían ser víctimas de trata o explotación.

En el caso de la migración interna tampoco hay demasiados registros, según el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (Idies), de la Universidad Rafael Landívar, el 57 por ciento de la migración interna de Guatemala es de mujeres, en la mayoría de casos hacia la capital o las zonas urbanas. Muchas mujeres llegan para trabajar en servicios domésticos. Una cuestión de la que apenas se habla, pero que hay certezas de que existen altos niveles de explotación laboral. Mujeres que trabajan en las casas a cambio de comida, se les prohíbe salir y que incluso son víctimas de violencia física y sexual.

Hay otro dato que impediría hacer proyecciones, si se intentara calcular el número de víctimas de trata en base a los reportes de desapariciones: en algunos casos es la propia familia, su papá, su tío, quienes venden a estas mujeres a alguien más. Permanecen en su propio hogar o en el de alguien cercano siendo explotadas laboral o sexualmente.

El drama de Dinora se montó en la frontera sur. Pero la frontera norte no se salva de ser escenario de historias similares, peores quizás, porque la ruta hacia al norte va adquiriendo niveles de dificultad conforme pasan los kilómetros

El río revuelto

El río Suchiate es un duty free líquido. No huele a perfume, huele a mierda. La mercancía, los migrantes, los trabajadores temporales se trasladan sobre dos neumáticos de tractor sujetos por una estructura de tablones de madera, conducido por un balsero que empuja el artilugio con una pértiga.

El Suchiate es barrera y es paso, es el camino y es el tropiezo. El río es la línea fronteriza entre México y Guatemala. En invierno muere gente. Dicen los de las balsas que les ha tocado recorrer 20 kilómetros río abajo para buscar los cadáveres en el mar, que “a veces aparecen, a veces no”.

En algún momento los vecinos se alarmaron porque del lado mexicano se empezó a construir un muro. Es un dique, dicen ahora, siempre que sube el río en invierno, Ciudad Hidalgo, el pueblo de la ribera mexicana se inunda. Eso pasó cuando la tormenta Stan, en 2005, arrasó en Centroamérica y llegó hasta las vías del tren que se detenían en Ciudad Hidalgo. El tren ya no llega al poblado, cambiaron las rutas.

Jabones, papel higiénico, doble-litros de soda, tuberías, galletas y dulces mexicanos; ropa de segunda mano, frutas y verduras, de Guatemala, cruzan en las balsas a menos de un kilómetro de donde está el puente, el puesto migratorio y donde se cobraría impuestos por los productos. Del lado guatemalteco hay un picop de la policía, del lado mexicano también. Como hormigas los hombres hacen cola para ayudar a descargar los productos. Ni en el borde guatemalteco, ni en el borde mexicano hay algún tipo de control de los que cruzan.

A veces, cuando se llega al Suchiate ya no es posible seguir, se acaba el dinero. Dicen que muchas mujeres se quedan en uno de los ex-

tremos de la frontera. El Suchiate se convierte en el limbo donde los migrantes permanecen a la espera de un trabajo, a la espera de un golpe de suerte, a la espera de un tipo que pague algo a cambio de sexo.

—Pasa mucho. Las mujeres vienen y se quedan sin dinero, entonces buscan trabajo en estos lugares. De allí, ya como que le agarran el gusto y se van quedando. —dice el hombre sudoroso que pedalea un tricita por las calles de tierra de Tecún Umán, el poblado guatemalteco.

El tricita hace un gesto con la cabeza señalando las “cervecerías” con paredes de madera, pintadas con publicidad de cerveza. Es mediodía y ellas ya están allí. A la espera.

Al otro lado del río, en el extremo mexicano, a mediodía, las cantinas tienen prohibido abrir. Ellas sólo pueden trabajar cuando cae el sol —es por las escuelas dirá alguien, validando la hipocresía—. Sólo están abiertas las cervecerías —en donde, en teoría no se negocia con sexo— y deben cerrar a las 8 de la noche, cuando las otras empiezan a abrir. “No se aceptan drogados ni hombres uniformados ni armados”, se lee en las fachadas. (Ellas prefieren trabajar en México. “En Guatemala todos van armados”, dirán después). En Ciudad Hidalgo los prostíbulos y las cervecerías están junto a la línea de tren abandonada.

En el bar de Charlie hay tres mujeres. Una alta, fuerte y morena, hondureña. Una de mediana estatura, coqueta y avispada, mexicana; y otra bajita y silenciosa, guatemalteca. Allí están las tres chicas de Charlie. Mariana, la hondureña es la administradora; ellas sólo “ficherean”. No se ocupan. Si ella quisiera, dice Mariana señalando a la guatemalteca, podría hacer buen dinero ocupándose, especialmente porque los clientes siempre buscan a la nueva y “ésta está regular”, dice refiriéndose a la apariencia y juventud de la chica que cruza todos los días el Suchiate para ganar comisiones en el otro borde del río.

Ya lo ha comentado Yanira Tobar en Ciudad de Guatemala: las trabajadoras sexuales van perdiendo su valor conforme pasan los años, a los 30 o 35 son ya viejas y no sirven. “Somos como los zapatos”, dijo Tobar; “nos vamos gastando”.

Mariana, la hondureña, dobla servilletas con el ruido del ventilador de fondo. Le interesa distinguir que el local que ella administra —el propietario es también el dueño de una abarrotería en la esquina— no es como los que están calle arriba, vía arriba. En esos lugares hay habitaciones escondidas a la vuelta de la calle o en los traspatios y sí, asegura “tienen muchas centroamericanas menores de edad”.

Dicen que allí, en Tecún Umán, en la frontera, pasa algo. Pero, así a simple vista todo parece tranquilo. En la estación de la Policía Nacional Civil hay una pizarra con los “eventos” positivos y negativos del año (positivos, las capturas; negativos, los delitos o crímenes). En las ordenadas columnas predominan los accidentes viales y las riñas, y tres o cuatro asesinatos en el año. En la pizarra no se contempla el delito de trata o de explotación sexual. La agente policial, sentada frente a una computadora no sabe contestar el por qué. Sí, hacen recorridos por el pueblo, sí los fines de semana hacen rondas por la calle de las cantinas, pero básicamente para supervisar que no haya peleas entre los parroquianos.

La Casa del Migrante en Tecún Umán es una edificación sólida, ordenada, pintada de azul, con árboles y un mural que narra la travesía del migrante: un árbol con las raíces arrancadas.

El sacerdote brasileño Ademar Barilli es el director. Barilli es crítico con la prensa, con los académicos que después de un par de días de encuestas hacen un libro exponiendo el fenómeno de la migración.

Crítico, ante todo, con los políticos y los gobiernos que dan la espalda descaradamente a la situación de los migrantes, a lo que sucede en el país para que ellos se vean obligados a huir. Desconfía de la “foritis” y “reunionitis” del Gobierno y de las organizaciones que gastan millonarios recursos y tiempo en discutir las problemáticas que él intenta aplacar desde la casona que fundó hace quince años en Tecún Umán.

—De cierta forma siempre ha habido trata. Ahora la situación es más dramática con el crimen organizado, los grupos, no pongo a los Zetas, no son parte todos de los Zetas. Ahora es la moda de los Zetas y los Alfa y los mareros. Siempre hubo delincuencia común, de que tengan mayor organización, puede ser, han ganado experiencia. Yo también he ganado experiencia, es lógico, como cualquier profesión. Pero todo esto se ha posibilitado porque se ha criminalizado la migración. Si México da una visa, todos van en avión y se termina la violencia. No necesitarían de coyotes, de traficantes. Las mismas políticas de EEUU han creado y fomentado y enriquecido el tráfico de personas, no dejan de ser culpables de toda la violencia que se genera.

Barilli afirma que casi todas las centroamericanas cuando llegan a Nuevo Laredo han tenido que “hacer trabajos”, porque se han quedado sin dinero.

—Al decir trabajo ya sabe usted qué significa. Bailes, prostituirse, atender a todos, porque no es sólo a narcos, es a todo el mundo que busca esos lugares, (y las mujeres) necesitan dinero. Son víctimas, pero el mismo sistema que criminaliza al migrante les impide denunciar. La mayoría de ellas tienen hijos y van para sostener a sus familias. Pero mientras no se combata de otra forma...

La clave para Barilli es la prevención. “Sabemos que todo migrante es posible víctima de trata y que las mujeres son más vulnerables

por su condición de mujer. El asunto es evitar que caigan. ¿Por qué tenemos que esperar que los maten para ayudarlos? ¡Hasta que uno no tiene el problema adentro no se preocupa!”

Barilli habla desde la frontera, desde su encuentro con el drama de los migrantes. Desde la casona azul ve pasar a seres humanos que quizás, a pesar de las charlas de prevención, lleguen a caer en una red.

Y es que no hay mejor símil para esas organizaciones que el de “red”, ese tejido que cruza fronteras, ríos, que lleva a sus víctimas en avión, en camioneta o picop. Que atrae a las mujeres pobres de los pueblos de las Verapaces a una cantina destartalada en la capital, o a las que buscan llegar al norte, o a las colombianas o rusas a quienes les ofrecen trabajo de modelo en un país de Centroamérica. Redes que funcionan a través de la red del Internet –con pornografía y promocionando lugares de explotación-.

Es complicado detectar a las víctimas, están en las sombras. Pero es más complicado definir a los victimarios: Son la sombra.

El territorio de la trata y la explotación es amplio y líquido; la penumbra entre la legalidad y la ilegalidad hace a las redes más inasibles. Desde las pequeñas cantinas que funcionan bajo la inocente fachada de un expendio de licor -cuyo señuelo es a través de “captadores” locales o de las mismas víctimas que sin saberlo se convierten en tratantes al recomendar a una vecina del pueblo su lugar de trabajo. Hasta los “night clubs” con mujeres extranjeras que en la mayoría de casos llegan con la promesa de un contrato como modelos y edecanes y se ven obligadas a estar allí por deudas pendientes –el boleto de avión, las cirugías plásticas, el hospedaje, las amenazas-. Hasta los lugares más subterráneos: las casas clandestinas que prohíben la salida de las víctimas. Hay diversidad de nichos de mercado y éstos son aprovechados por diversidad de organizaciones.

Sandra Gularte, de la PDH, define tres tipos de tratantes: Una es la del tratante único que es una persona muy conocida o el papá, o algún pariente, que trata a su hija, la vende o la tienen en su propia casa, la explotan laboral o sexualmente. Sin relación con el crimen organizado, pero con similares consecuencias para la víctima.

Las redes pequeñas, de tres o cuatro personas que compran o coaccionan a las mujeres –incluso fingen relaciones amorosas para convencer-

Las manos que tejen las redes

las–; las engañan con el ofrecimiento de trabajo de empleadas domésticas o meseras y las venden en los bares. Estas redes “medianas”, como las define Gularte, suministran mujeres a negocios con un “mercado para clases media y baja”, con víctimas guatemaltecas, llevadas de una región pobre a una menos pobre. Como las mujeres q’eqch’ies de la cantina sin nombre.

Mientras que las grandes redes, según la clasificación que hace la representante de la Procuraduría, se coordinan con redes de otros países y de forma más especializada y con mayores niveles de influencia –tanto dentro del crimen organizado, como en los aparatos del Estado-. “Mafiosos, políticos, militares, empresarios, industriales, líderes religiosos, banqueros, policías, jueces, sicarios y hombres comunes conforman una enorme cadena en el mapa internacional del crimen organizado que ha existido durante siglos”, afirma la periodista Lydia Cacho en la investigación “Esclavas del poder”. Para que funcione la maquinaria, los engranajes tienen que estar aceitados. Y uno de los principales aceites, sin duda, resulta ser el de los funcionarios que ignoran el problema y, peor aún, forman parte de éste.

Gularte de la PDH asegura: “A los que se agarra, normalmente, son a los tratantes únicos y a los tratantes de las redes pequeñas, pero no llega la justicia a todos los tratantes de las redes grandes. A ellos no se les toca, se

supone que hay funcionarios de Gobierno relacionados con las redes”. Una fuente que pertenece a una organización civil pro justicia afirma: “Se conoce con nombre y apellidos quiénes están detrás”, pero no se atreve a dar nombres, aunque asegura conocerlos.

Al cuestionar a Alexander Colop, de la Fiscalía, sobre la posibilidad de la participación de funcionarios en el negocio, dice no tener ningún caso. Sólo recuerda un proceso en que se rumoraba que el propietario de un prostíbulo había sido comisario de la policía, pero no se comprobó. Carlos Menocal, ex ministro de Gobernación durante el gobierno de Álvaro Colom (2010-2012), afirma que es muy complicado llegar a los verdaderos propietarios de las redes, pues el sistema protege por medio de sociedades anónimas y testaferros.

Para tener una versión oficial de los actuales encargados de la seguridad y prevención del Gobierno, se solicitó una entrevista con el ministro de Gobernación, Mauricio López Bonilla, pero ésta no fue concedida.

Lo que deducen quienes trabajan en contra de la trata es que los niveles de impunidad con que han funcionado los negocios, los controles migratorios laxos, los allanamientos en locales en donde sólo se alcanza a los “cuidadores” y no a los propietarios, podrían tener varias explicaciones: la capacidad—técnica, profesional y financiera— del sistema de prevención y justicia no se da abasto; las autoridades no reconocen las dimensiones del delito. O, peor aún, las redes están blindadas por poderes económicos y políticos que superan sus esfuerzos. Pero además de las autoridades, hay un constante señalado como principal responsable de los grandes negocios de la trata y la explotación sexual: el narcotráfico.

Las grandes sombras de la trata

Hay que marcar con rojo en el calendario de 2011 la hoja de julio. Dos hechos aislados entre sí, pero que revelarían a las autoridades el funcionamiento de dos estructuras del crimen organizado: El sábado 11, el asesinato del cantautor argentino Facundo Cabral y el domingo 12, fue allanada una finca de Ixcán, Quiché, en el noroeste de Guatemala fronterizo con México, donde se organizaba una concurrida fiesta de supuestos narcotraficantes.

Cabral fue asesinado cuando iba al aeropuerto con el organizador de sus conciertos en Guatemala, Henry Fariñas. En un principio se sospechó que había sido un ataque directo al cantautor –Fariñas resultó herido-, pero las investigaciones que se realizaron con una celeridad poco normal en Guatemala, revelaron que el ataque fue en realidad contra el que en ese momento se consideraba un empresario organizador de eventos. Pero Fariñas no sólo organizaba conciertos, sino que utilizaba el Club Elite, denominado club nocturno –pero conocido como un exclusivo centro de prostitución- para lavar dinero producto del narcotráfico. La trágica casualidad permitió a las autoridades descubrir una red internacional en que relacionaba a los propietarios de una franquicia de negocios de “diversión para adultos” con el tráfico de drogas y el lavado de dinero.

En un inicio se relacionó a Fariñas con el cartel de Sinaloa. Lydia Cacho escribió, el 14 de julio de 2011, en el medio SinEmbargo: “Si la DEA decide participar directamente con la CICIG, la muerte del cantante habría servido para evidenciar una de las redes de esclavitud de mujeres más poderosas de la región, cuyas ganancias multimillonarias terminan en bancos mexicanos y norteamericanos”.

El caso Fariñas, víctima convertida en victimario, se trasladó a Nicaragua en donde fue juzgado por narcotráfico, lavado de dinero, falsi-

ficación de identidad y relación con el crimen internacional. A pesar de la afirmación de la periodista mexicana, hasta ahora la fiscalía lo relaciona con un “cartel” denominado Los Charros y no se menciona alguna relación con el cartel de Sinaloa.

David Martínez Amador, politólogo y columnista experto en crimen organizado, ve con suspicacia el hecho de que no se haya encontrado hasta el momento la relación de la red de Fariñas y los clubes Elite con la hipótesis que lo ligaba al cartel de Sinaloa. “Hay una tentación, un error de los medios, de que toda patología social se culpe a los narcos”, dice Martínez. Aunque reconoce que “todos los intentos del narcotráfico apuntan a legitimar capitales. Y por el volumen de dinero que produce el narco, de grupos tradicionales, para lavar capitales no van a poner una casa de putas, ponen una franquicia de clubs”.

El investigador asegura que solo los grandes carteles tienen la posibilidad de marcar precios y tarifas, son ellos los que organizan un macro negocio. Es probable que Los Charros sea un grupo organizado para distribución local, pero cuyo poderío no alcanzaría a ser clasificado como cartel. Quizás Los Charros, con quienes se relacionaba Fariñas, esté dedicado a Centroamérica y al lavado de dinero, relacionado sí con algún cartel. Según la fiscalía nicaragüense los negocios de Fariñas han lavado US\$3 millones desde 2005. Mientras tanto, Alejandro Jiménez alias “el Palidejo”, acusado como autor intelectual del asesinato de Cabral y del atentado contra Fariñas, es llevado a juicio en Guatemala por asesinato y asesinato en grado de tentativa. A Jiménez no se le acusa de ninguno de los cargos que maneja la fiscalía nicaragüense y costarricense para él: narcotráfico y lavado.

El asesinato de Cabral reveló información sobre el trasiego centroamericano y el sistema de lavado a través de negocios “lícitos”. Pero al mismo tiempo deja una gran pregunta abierta: ¿Por qué no se juzga a ninguno de los dos, Fariñas y Jiménez, por trata o explotación sexual?

Aquella fiesta del siguiente día al asesinato de Cabral en julio de 2011, con carreras de caballos, licor, muchachas y música, no terminó como los organizadores lo esperaban. El MP y el Mingob venían pisando los talones de los movimientos inusuales en el pequeño poblado. La fiesta apenas empezaba. Una filtración dio aviso a los asistentes, que huyeron como pudieron —en vehículos y a pie, montaña adentro— dejando tras de sí en la finca que resultó siendo, según la fiscalía, propiedad de la municipalidad de Chinique, las evidencias: un vídeo casero, armas y dinero en efectivo; que permitirían posteriormente una serie de capturas y allanamientos que brindaron valiosa información a las autoridades sobre la organización de los Zetas.

Es posible que la juerga que sólo prometía una gran resaca haya dejado heridas que aún no se dimensionan en la estructura de los Zetas en Guatemala. Una fuente cercana a la organización asegura que los invitados mexicanos corrieron por su libertad e impidieron que los guatemaltecos pudieran salvarse de las autoridades. El informante asegura que, en determinado momento, los que huían debían cruzar un río, por medio de un funicular artesanal, que los llevaría en la ruta para cruzar del lado mexicano; pero la facción mexicana, armas en mano, impidió que los guatemaltecos subieran a la cesta que los alejara de los agentes guatemaltecos. Ese día y en los siguientes apresaron a 21 personas, entre ellas cuatro mujeres mexicanas.

Carlos Menocal era el ministro de Gobernación en aquel convulso julio de 2011. El caso Cabral fue un evento inesperado, pero en el otro caso llevaba tiempo, junto al Ministerio Público, siguiendo los preparativos de la fiesta. Después de las capturas y los allanamientos, el ex ministro está convencido de la relación entre el narcotráfico y las redes de trata de personas.

“El capo además de trasegar droga, trasiega jovencitas, para prostituirlas e introducir las en redes clandestinas de prostitución”, asegura

Menocal. La “narcofiesta” de la finca de Ixcán es el ejemplo más claro: “Las jovencitas (mexicanas) confiesan ante la autoridad de investigación que fueron víctimas de reclutamiento forzado; casi todas eran de Tamaulipas, vinieron en traslados clandestinos y en muchos casos en colaboración con la policía, incluso las trasladaron en patrullas”, afirma Menocal.

El exministro explica que las muchachas, que fueron liberadas y repatriadas a México, no colaboraron en la identificación de posibles miembros de la organización, pero sí “contribuyeron a marcar claramente que el tema de trata es un tema que no sólo va de sur a norte, si no que el propio narco trae muchachas de México a Guatemala”. De las ocho plazas que el ex ministro asegura fueron desarticuladas en Guatemala se evidenció casos de trata en Cobán, Huehuetenango, Quetzaltenango y Quiché: “hay evidencia documentada del pago de planillas a las jóvenes”, afirma.

Pero incluso en estos hechos, con evidencias, hay contradicciones en cómo podrían funcionar las redes.

—Yo estaba encargada de contratar a las prepago- dice Mariela, es el nombre ficticio para esta mujer que trabajó para un ala administrativa de los Zetas. Las prepago son las trabajadoras sexuales que acuerdan por adelantado el lugar de reunión y el precio para ofrecer sus servicios.

Mariela explica que uno de sus encargos era hacer el contacto con agencias para contratar a mujeres, en especial colombianas, que eran llevadas para las fiestas privadas que se organizaban. Ella no menciona que hubiese algún tipo de negocio directamente relacionado con la trata o la explotación dentro de la “la empresa” como llama esta mujer a la organización.

Es posible que la estructura jerárquica de Los Zetas -con un ala administrativa, que según Mariela y otras fuentes estuvo bajo el mando de William de Jesús Torres Solórzano, alias “Comandante W” y que fue detenido en

México en julio de este año, y el ala operativa, la más violenta organizada para ganar territorios, supuestamente bajo el mando de Z200 –cuya identidad no ha quedado plenamente establecida– promueva la diversificación de determinados negocios sin que otras ramas de la comandancia estén informadas.

Menocal advierte que son varias las ramificaciones dentro de la organización de los Zetas, en diversos niveles de dirección: unos se relacionan con el trasiego de armas, el de drogas y otras ramas el de trata. Es posible que un ala administrativa contrate esporádicamente a muchachas prepagado y no se haga servir de las propias redes de la organización. Es decir, es propietario, pero usuario de negocios alternos de redes especializadas.

Hay redes especializadas y muy profesionales dedicadas únicamente a la trata, explica Martínez Amador. De hecho, el investigador duda que las redes de trata guatemaltecas estén directamente relacionadas con los grupos de narcotraficantes tradicionales (familias como los Mendoza, o los Lorenzana). Considera que en determinado momento pueden relacionarse por cuestión de negocios, pero no necesariamente son parte del de la trata.

Hay dos casos que ilustran cómo funcionan las redes especializadas. La que creó una aceitada estructura que traía con engaños a mujeres de Colombia y las mantenía en Guatemala por la fuerza y con amenazas de que si huían asesinarían a sus familias en su país. Un trabajo de inteligencia entre los dos países, y un trozo de papel que una de las mujeres logró tirar a la vecindad pidiendo ayuda, permitió rescatar a las víctimas y detener a tratantes guatemaltecos y colombianos. Y la “red jordana”, que como explica Menocal no sólo llevaban mujeres guatemaltecas a Jordania –con falsas promesas de trabajo doméstico, para luego prostituirlas en condiciones infrahumanas–, si no también hacían trabajo de trata en Guatemala. La “red jordana” reveló como una misma organización puede trabajar con diferentes modalidades y en diversos territorios. Mientras lleva-

ban mujeres a Jordania, también explotaba a mujeres en exclusivos burdeles de la zona 9 y 10, y regentaban algunos decadentes negocios de la calle Martí y del Cementerio General.

Otra forma de trabajar entre las redes y que posibilita mayor agilidad para evadir la ley, es el de redes dedicadas exclusivamente a la “captación” de víctimas y luego “distribuir las” en diversos negocios. Seguir las pistas resulta más complejo.

Y es así como se revelan poco a poco las víctimas –porque logran escapar, porque encuentran un espacio de apoyo, porque algunas investigaciones prosperan, porque algún allanamiento tiene éxito o por algún golpe de suerte-. Apenas se esbozan y definen quiénes podrían ser los dueños de las redes, apenas se empieza a dar breves linternazos del contubernio entre otras redes del crimen organizado y la posibilidad de que haya funcionarios, empresarios legales y narcotráfico implicados. Pero queda otro personaje pendiente de retratar: aquellos que, conscientes o no, resultan siendo los verdugos de la historia: los clientes.

Y así, termina todo siendo un acto de trapecistas en un sórdido circo.

El público: Ebrio, macho, aplaude histérico viendo el show. Con los ojos vidriosos y los bolsillos llenos de monedas, de fichas, de tarjetas de crédito. Expectantes.

Las redes: grandes, medianas, pequeñas, violentas o manipuladoras. Tensas, bien hiladas. A la espera.

Las trapecistas: Se sujetan con las manos sudorosas a una barra endeble. Se balancean, cada una con una historia diferente, pero con capítulos en sus biografías que parecen calcados unos de otros.

Con los leotardos de las posibilidades remendados. El invisible y letal revólver de la necesidad, de los hijos por mantener, de los padres ausentes, de la violencia intrafamiliar, de la falta de educación las apunta.

Ellas saltan. Y caen.



II

Las sombras de la sombra: reclutas del crimen organizado

Basta un leve giro al timón para tomar una ruta escabrosa. Ellas, las mujeres que cuentan sus historias, huían de maltratos, de abandonos, de pobreza, de impotencia. En la fuga se encontraron con el crimen organizado y fueron reclutadas. En las filas de las pandillas o bajo el mando de los zetas, se replican historias: encuentran el sentido de pertenencia y luchan por el poder; pero viven bajo una estructura, una sombra, de la que difícilmente podrán desertar ilesas. Aquí sus historias.

Ella ha conducido por la carretera con el auto lleno de coca y armas, ella daba su nombre para los negocios de lavado y organizaba la logística de las visitas del extranjero, ella jaló el gatillo, ella fue el contacto entre prisioneros y extorsionados, ella estuvo en la mara, ella mató, ella cayó en la cárcel. De ellas sólo queda el pronombre personal: ella. Han perdido el nombre y el rostro. “Quiero que se sepa mi historia”, dicen reiteradamente en diversos espacios, en libertad o en prisión. Cuesta entender por qué quieren que se escuche su historia si ellas ya no serán reconocidas como protagonistas. De cualquier manera la cuentan.

Los grupos de crimen organizado son entes vivos que si quieren sobrevivir deben adaptarse. Uno de los sistemas de subsistencia ha

sido permitir y buscar la participación de las mujeres en las tareas delictivas. Como apoyo, como carne de cañón, como colaboradoras, como la leal compañera, como figuras más discretas frente a las autoridades. Pese al sistema patriarcal que define a las organizaciones, las mujeres van subiendo posiciones. Pero, en la mayoría de casos ellas se quedan en la última de ellas; son el último eslabón. Ellas son quienes caen primero.

El espejo roto

Lleva los audífonos puestos, conectados al celular, le habla al pequeño micrófono. Ve de izquierda a derecha y hace señal de que pronto terminará la llamada. No sonrío demasiado, usa pantalón y camiseta un poco masculinos, suavizados con pulseras y collares de colores.

Ella fue sicaria, fue drogadicta, de ella abusaron sexualmente cuando era una niña, hizo trabajos secretariales en un multidisciplinar despacho del centro de la capital en el que se coordinaba todo tipo de negocios –desde trámites burocráticos, hasta narcomenudeo y servicios de explotación sexual-, estuvo a punto de ser violada por unos policías cuando la detuvieron por llevar droga encima. Ella perteneció a las maras -ahora con la distancia “las inocentes maras”-, también ha visto cómo muchos en su barrio se quedaron para participar en la transformación a pandillas; también los ha visto morir. Logró escurrirse de la posibilidad de permanecer cuando los grupos de jóvenes revoltosos empezaron a tomar el impulso violento.

Ella, con rabia, apretó el gatillo y volvió a la escena del crimen. Se introdujo por los pasillos de un hospital e inyectó alguna sustancia en el suero de un hombre para terminar de matarlo. Ella mezcla sus historias criminales, con sufridas y fracasadas historias de amor. Habla de aquel hombre que la abandonó y luego explica cómo aprendió a picar la coca –aún hace la mímica- para dejarla convertida en

un vaporoso polvo blanco, listo para inhalar. Hace un salto mortal y confiesa la angustia que sentía ante la imposibilidad de quedar embarazada y no poder alcanzar su profundo deseo de tener un hijo. Es como hacer zapping entre una película sangrienta de acción y una sufrida novela de amor.

Ella parece irrompible. Ella pide no ser identificada, pero toma la iniciativa y elige cómo quiere ser nombrada: Alejandra.

A esa hora, en el patio de un café del centro de la ciudad no hay nadie más. Alejandra está sentada frente a un café y un sándwich. En una de las paredes hay un cartel de “no fumar”. No hay más clientes, los empleados están a varios metros de distancia, la tentación de romper la regla es mucha. Alejandra, la que entrevista, saca un cigarro y fuma. Alejandra, la que cuenta su historia, ve con deseo la cajetilla de cigarros, pero se excusa:

-No, yo mejor no. Ya bastantes veces he roto las reglas.

Hace un gesto que pretende ser una sonrisa, burlándose de su propio chiste. Esta mujer no tuvo ningún reparo en disparar a quemarropa a dos tipos que habían herido a su hermano, en plena Terminal —la central del comercio y los autobuses urbanos y extraurbanos en Ciudad de Guatemala—, a la luz del día.

Tiene 36 años y ha sido testigo, actriz y víctima de las transformaciones que ha vivido el crimen organizado en los últimos años. Ella ya no está allí, pero en ese mismo proceso de reinserción y por haberse quedado en el mismo barrio continúa cercana a pandilleros, ex pandilleros y ex presidiarios. Le gusta utilizar la palabra disidente. Le gusta considerarse disidente y le gusta más aún invitar a otros a serlo. Ella sigue viviendo en ese mismo suburbio de la capital de Guatemala, que los vecinos de zonas de clase media y alta sólo conocen por la nota roja de los diarios.

Eran los noventa, cuando aún no se habían firmado los acuerdos de paz en Guatemala (1996). El padre golpeaba a la madre, y Alejandra era la encargada de organizar el plan de evacuación cada vez que el hombre cruzaba ebrio la puerta de casa. Abrigaba a sus hermanos y se los llevaba por la puerta de atrás. Se refugiaban en un rincón que los mantenía alejados de la mirada del padre, pero desde allí veían las palizas, escuchaban los gritos y “casi” eran testigos de cómo el padre violaba a la madre. El tío, hermano del padre, militar, abusó de Alejandra. Ella nunca pudo contarle.

Alejandra parece uno de aquellos boxeadores con cicatrices, nariz rota y raspones que vuelve a lanzarse al ring. Habla y da la impresión, con cada anécdota, de que las costras volverán a sangrar. Pero, en el momento preciso, se dulcifica, cambia de capítulo y habla del amor, de sus hijos, de su nueva vida.

-Nunca había contado tanto de mi historia- dice, a veinte años de que empezara la caída veloz y prolongada en el tobogán.

El primer resbalón de Alejandra fue en las maras. Ahora, aquello parece un juego de niños.

-Sí, había peleas y defendíamos nuestra cuadra. Pero las peleas eran a pedradas o a botellazos.

Ya no es así. Las maras no se habían convertido en cerradas pandillas, con fuertes niveles de compromiso, con jerarquías más definidas y con claras tendencias delictivas. Ahora, ella tiene que caminar por los territorios que son ocupados por las nuevas organizaciones. Una serie de cambios, entre ellos las deportaciones de los migrantes o hijos de migrantes de Estados Unidos, que pertenecían a las pandillas de allá trajo nuevos bríos, consolidó a aquellos grupos desorganizados y los convirtió en lo que son ahora: objeto de algunas campañas electorales que ofrecen “terminar con ellos”; objeto de terror,

“terminaron con mi familia”, o el objeto de deseo, “con ellos hasta la muerte”. La experiencia le dejó a Alejandra la posibilidad de ir a hablar con el líder de la ‘clica’ –una célula de la pandilla- de su barrio para que averigüe quién la está extorsionando o para reclamarle porque unos muchachitos (los hommies) recién se metieron a su casa a robar. Digamos que ya no está con ellos, pero aún puede hablar con ellos y como ellos. Se desliza con agilidad entre dos mundos. Ella sabe lo que es estar del “otro lado”, ella los comprende.

-Fui sicaria, pero cuando aquello era diferente, era más profesional-, dice con asepsia y baja el tono de voz.

Se refiere a formas más discretas de asesinato, “el envenenamiento, por ejemplo”. Fue cuando ya había sido contratada en el céntrico despacho en el que se realizaba todo tipo de trámites, a pocas cuadras de donde toma el café. Pero sobrevuela el tema; aquello no es algo de lo que quiera hablar demasiado.

-¿Era el dinero? ¿Qué te motivaba a estar allí?

-Era sentirme parte de algo, sentirme reconocida.

Aquello del dinero o de los lujos nunca fue su principal motivación. A pesar de que sí, en su casa habían pasado penurias, su familia era pobre –recuerda la humillación de ir con la vecina a pedir un quetzal (doce centavos de dólar) para comprar tortillas-.

-También era el saber que podía hacerlo, demostrar que podía.

“Ser parte de algo, de alguien” y “el poder”. “Pertinencia” y “poder”, dos palabras clave que otras mujeres repetirán.

-No soy religiosa, pero soy espiritual- dice.

Alejandra tuvo una epifanía cuando estaba atiborrada de cocaína, tendida sobre la cama de un hotel y creyó morir. No podía moverse, pero alcanzó a escuchar cómo los compañeros, los del despacho de trámites con quienes trasladaba droga de un lugar a otro de la ciudad, con los que picaba coca y se iba de fiesta, planeaban dejar su cadáver en aquella habitación. Logró reponerse, salir del hotel y huir.

Se fue de la capital y no dejó rastros. La buscaron, al principio, y luego ya no preguntaron más: todos presumieron que se había ido al norte. Dejó las drogas y meditó. Ahora, Alejandra respeta hasta los carteles de no fumar.

Cuando el pacto se rompió

Fue el 15 de agosto, el día de la virgen de la Asunción. En la capital hay feria, es descanso oficial, hay rueda de chichos y buñuelos y garnachas, algunos le dejan flores a la imagen. Fue en 2005, ese 15 de agosto, cuando algo se resquebrajó, en las entrañas de los barrios y de los suburbios más empobrecidos, las llamadas “zonas rojas”.

En general, los ciudadanos que viven en los cascos urbanos “seguros” y los que viven en las áreas rurales pobres, desconocen que el país tiene una herida que supura desde aquel 15 de agosto. Pero ellos, los que estuvieron allí cuando las granadas explotaron, los que vieron balas, machetes y sangre brillar: lo recuerdan. Está en la memoria de los que intentaban huir, pero les era imposible porque estaban en prisión. El estallido fue en la cárcel Los Hoyos, en Escuintla, en la Costa Sur de Guatemala.

El día de la Virgen de la Asunción de 2005, se rompió el Sur.

Alguien reventó una granada, disparó, lo siguieron otros. La prensa

de esos días y lo que aún dicen los del Barrio 18 es que la Mara Salvatrucha atacó. Rompieron un pacto de no agresión en las cárceles. En el patio de la cárcel explotó una granada y en otros seis presidios del país se replicó el caos. 35 muertos, 80 heridos, siete prisiones en batalla campal.

“Un motín” dijo la prensa. Óscar Berger, presidente de Guatemala, lamentó la pérdida de vidas humanas, pero se alegró de que “no haya habido fugas”. Carlos Vielmann, el ministro de Gobernación, lo definió como “enfrentamientos entre pandillas”. (Vielmann está en prisión actualmente en España, acusado por la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) de haber planificado el asesinato de siete reclusos en la cárcel más grande del país en 2006).

Hasta aquel 15 de agosto había un acuerdo tácito, casi un pacto de caballeros. El convenio era no atacarse mutuamente en prisión. Otra de las cláusulas, según dicen, era “no se ataca, no se balea a los pandilleros que vayan acompañados por una mujer”. Ellas, las parejas, madres, hermanas y sí, también las pandilleras, que poco a poco habían ido entrando a las filas, quedaban relativamente resguardadas. Pero se rompió el Sur, y además de masacrarse en prisión, la cláusula de que las mujeres estaban protegidas también se quebró.

Había una especie de ética pandillera. Emilio Goubaud, investigador con décadas de experiencia en el trabajo con ex pandilleros y jóvenes en situación de riesgo, asegura que el rompimiento del Sur es un parteaguas en la relación de las mujeres y las pandillas:

-Si un hombre mataba a una chava o la violaba, la misma clicca lo ejecutaba al día siguiente. La mujer era intocable. Estuve un par de veces en mítines con ellos, y tres cuatro mujeres en medio de 25 chavos y dormían juntos y nadie las tocaba, prohibidísimo. La mujer era sagrada en la pandilla. Incluso todavía, en algunas cliccas se

respeto mucho eso.

-Pero se rompió el Sur.

- Y entonces todo se vale. ¡Todo se vale! Si yo voy a la cárcel con mi familia y te puedo matar te mato, si tú estás en la cárcel y yo estoy en la cárcel, te mato. Se volvió un objetivo principal violar a las mujeres, empezar a joder a las parejas de los líderes.

Pero en ese mismo joder a las parejas de los líderes, se dice que ellas comenzaron también a tomar el poder.

Después del día de la Virgen de la Asunción comenzó la venganza. Es probable que también hayan aumentado las capturas; no hay cifras. Se reacomodaron fuerzas y liderazgos y los palabreros o jefes de clicas, continuaron dando órdenes desde “la rueda” en prisión. No sólo mantenían el orden adentro sino afuera. Coordinaban las tareas, incluidas las delincuenciales, extorsiones, narcomenudeo y sicariato.

“La pandilla es una estructura democrática y horizontal, desordenada y sin coordinaciones”, dice Emilio Gouboud. “Una estructura jerárquica y machista”, dice Ricardo Guzmán, ex fiscal de delitos contra la vida y actual subsecretario del Ministerio Público.

Las pandillas no se aíslan del sistema patriarcal de la sociedad, pero, han descubierto que las mujeres pueden ser útiles, muy útiles. Su presencia es menos sospechosa para las fuerzas de seguridad. Ellas guardan las armas, ellas sirven de bandera para alertar. Ellas pueden circular por la ciudad, y una tarea esencial: “Las mujeres son el contacto del pandillero con la calle, así de simple”, dice Carlos Menocal, ex ministro de Gobernación entre 2009 y 2012.

La participación femenina en las pandillas empezó a hacerse relevante, si no en la toma de decisiones desde la rueda en prisión, sí como ágiles peones para el contacto con el exterior. Aunque en menor número que los hombres, ellas son reclutadas para el cobro de extorsiones y el narcomenudeo. También, en algunos casos para el sicariato.

¿Cómo llegan allí? ¿Por qué? Emilio Gouboud dice que “por amor”. Guzmán del MP lo confirma “se las cantinean (las enamoran), como se dice vulgarmente”. En muchos casos se acercan a la pandilla por tener relación con algún pandillero. Pero ante todo, es por el sentido de pertenencia.

-La familia ha sido la peor experiencia de su vida- dice enfático Gouboud.

Alejandra es un ejemplo. Hay patrones calcados que Goubaud recita de memoria: La pobreza, la violencia intrafamiliar, el abandono, el maltrato, la falta de oportunidades.

-Se vengan con la sociedad- concluye.

Hay casos en que son forzadas a entrar. El ex ministro Menocal afirma que durante su gestión asesinaron a tres adolescentes escolares, y después de hacer las investigaciones descubrieron que ellas se habían negado a entrar en la pandilla.

Ricardo Guzmán, desde la fiscalía de delitos contra la vida, donde ha investigado casos relacionados con extorsiones, asesinatos a pilotos y otros delitos; explica:

-Ahora las mujeres se involucran un poco más activamente en temas de delincuencia, en todo tipo de delincuencia. Sin embargo, aunque formen parte de una organización criminal, aún llegan a ese punto, a ser sólo colaboradoras. No toman la dirección o control de la organización.

-¿Cómo funciona en las pandillas?

-La estructura tiene un orden jerárquico y es de hombres; y una mujer por lo regular en esa cultura no va a tener ningún puesto ahí. A eso obedece que también se conviertan en víctimas de la propia organización.

-¿Son forzadas a participar?

Ricardo Guzmán no lo cree. Abre su computadora y despliega una presentación de las que prepara para hacer las acusaciones en el juzgado. Ejemplifica con una estructura de extorsionadores —que no pertenecen a una pandilla— al menos 40 personas implicadas —ordenadas con fotos y nombres. En los puestos de arriba, sólo hombres: el jefe, los coordinadores, sicarios. En la última fila hay una veintena de mujeres y sólo dos hombres. Entonces, Guzmán pide que se apague la grabadora y se escucha una conversación entre una mujer y un hombre —él está en la cárcel—. Ella le dicta cifras, los datos de un banco, conversan sobre temas de dinero y de transacciones monetarias —son los cobros por una extorsión—.

-¿A usted le parece que ella está forzada?— pregunta Guzmán.

-No, no lo parece—. No lo parece, así en la superficie, en el tono de voz es imposible saber cuáles pueden ser los hilos que la atan a la organización. Eso no se sabrá.

Según Ricardo Guzmán en la pandilla Barrio 18 es donde se ha observado numerosas colaboradoras.

-En la rueda se toman decisiones de, por ejemplo, cuándo van a atacar a la policía, al sistema penitenciario, al Ministerio Público, a los jueces y la orden se traslada a la clicca.

La rueda está formada sólo por hombres, o al menos no hay declaraciones que indiquen que alguna mujer ha entrado a ese círculo. Pero, en el caso de las cliccas, Emilio Gouboud asegura que conoce a dos mujeres líderes —en Villa Nueva y Mixco, al sur de la Ciudad de Guatemala. Las

cifras son poco claras. Mauricio López Bonilla, afirma que son entre 10 mil y 15mil pandilleros. Mientras que Emilio Goubaud opina que “en la actualidad no es posible cuantificar el número de miembros, pues han optado por no tatuarse y ya no visten como “cholos” –la moda holgada de las pandillas en Estados Unidos-, además ya no pertenecen en “sus puntos” –o en sus áreas-“. Tampoco se sabe con exactitud cuántas mujeres están implicadas en estos grupos, o cuántas de ellas se dedican a delinquir.

Rodolfo Kepfer es psiquiatra y ha trabajado con jóvenes privadas de libertad en centros correccionales. También dirigió un estudio sobre femicidio en Guatemala.

-En las pandillas yo diría que muchas de las victimarias son mujeres.

-¿Así de seguro?

-Sí, hay sicarias. Una de las patojas (muchachas) me dijo que había matado a ocho, y era un tipunquito (bajita) así de 16 años. Yo he detectado una especie de voluntarismo, una voluntad criminal.

-Se dice que son coaccionadas, forzadas.

-Mirémoslo así, las mujeres que yo vi, tenían claramente relaciones con los pandilleros, estaban marcadas por una fuerte organización, una fuerte hostilidad y una fuerte capacidad agresiva. Estamos hablando de una mentalidad criminal y de una sociedad en que la criminalidad rinde beneficios económicos fáciles.

-¿Por qué hay más criminales hombres que mujeres?

-Surge desde que el hombre era cazador y la mujer se encargaba del huerto, pero siento que una de las cosas que ha pasado en el auge de

la violencia es que ha habido mucha inversión de roles. Ninguna de las patoñas se planteaba como una víctima, hacían berradas con tal de meterse al crimen. Hay una descomposición del vínculo social. Hay una homologación de roles.

O en una “masculinización de las mujeres” en palabras del estudio *Prison Masculinities*, editado por el sociólogo Don Sabo. La investigación contempla a la violencia como una de las características asociadas al rol tradicional del hombre, a la construcción cultural del género masculino. Aunque el estudio se centra en analizar la violencia en prisión, éste se puede trasladar también al espacio de las organizaciones criminales. Construcciones sociales en que el sistema patriarcal y jerárquico promueve el actuar violento. Al introducirse en una dinámica de estas características, eminentemente masculina, las mujeres se ven obligadas a abandonar determinados rasgos culturales de lo que se considera femenino y deben jugar el rol del “otro”, y a través de la violencia garantizar su espacio e incluso su vida dentro del grupo.

Sabo explica que las teorías feministas de los 80 y 90 se organizaron alrededor del “nosotras/ellos”, “hombres/mujeres”, “víctimas/victimarios”, “hombre dominante/mujer subordinada”; lo que hace difícil discutir o percibir los acuerdos sociales en los que las mujeres participan en prácticas opresivas para explotar o lastimar a otras mujeres, hombres o menores.

En este sentido, la Comisionada contra el Femicidio, Alba Trejo, asegura que hay sospechas de que los casos de mujeres asesinadas y desmembradas pueda tratarse de mujeres criminales cometiendo actos de castigo o venganza contra las de su mismo género.

Al preguntarle a Alejandra sobre la afirmación de la comisionada, ella medita por unos segundos y declara:

-No, no creo que sean ellas las que participan. En todo caso, ayudan a cargar una pierna, o algo así.

“Es el empoderamiento negativo”, afirma Norma Cruz, quien dirige la Fundación Sobrevivientes, que apoya procesos judiciales en los que las víctimas son mujeres y niños.

A pesar de haber sido promotora principal de la Ley contra el Femicidio, de proteger con uñas y dientes los derechos de las mujeres, reconoce que la participación de las mujeres va en aumento.

Alejandra, desde el café, ante la misma pregunta: ¿Son más violentos los hombres?

-Una mujer dolida y despechada comete los peores crímenes, la ira te motiva. La mujer es más vulnerable, entonces lo pensamos mejor, nos tienen que hacer mucho daño para hacerlo.

Pero sí, reconoce, no sólo actúan por venganza. Hay también “gatlillas” profesionales.

Es imposible negar que ellas también realicen actos violentos; pero es aún más imposible de negar, que ellas resultan siendo las primeras víctimas de esa violencia. Para estar en la pandilla se tiene que cumplir con los rituales, los de iniciación y los que permiten mantener las “lealtades”. La estrategia más sencilla para impedir la traición, el robo, la huida es la reproducción del miedo dentro de los mismos miembros. Quien traiciona recibe un castigo. Las mujeres que entran, juegan bajo las mismas reglas.

Los crímenes y asesinatos registrados por las fuerzas de seguridad, no se relacionan directamente por conflictos y vendettas entre pan-

dillas. El ministro de Gobernación, Mauricio López Bonilla, en una entrevista reciente a El Faro.net aseguraba que los índices de asesinatos desde las pandillas, a diferencia de El Salvador, se relacionan más con delitos a la ciudadanía relacionados con las extorsiones y el secuestro. Según Ricardo Guzmán del MP el 50 por ciento de las muertes violentas proviene del crimen organizado, incluidas pandillas y narcotráfico. Y, el fiscal calcula que aproximadamente el 40 por ciento del universo de los asesinatos del crimen organizado corresponde a las pandillas.

Pero, hay un dato que es muy complicado de cuantificar y es el de los homicidios cometidos dentro del mismo círculo de las pandillas. Los pandilleros matando, como castigo, a los de su propio clan, y en muchos casos a las mujeres. O los de la otra pandilla asesinando a mujeres por venganza a sus rivales.

-Lo que hemos descubierto, por ejemplo, con las mujeres que aparecen desmembradas, que es algo muy cruel- es que las matan las pandillas. Es posible que el mismo marido la mande a matar, pero la manda a matar por una falta que comete hacia la pandilla. Pero, en general, no es el marido, sino que es el jefe de la organización.

Como se ha explicado, las mujeres en muchos casos llegan a la pandilla por una relación amorosa, o incluso por ser madres y hermanas. Se ven obligadas a sobrevivir y a ayudar a los pandilleros en prisión. Por eso mismo también resultan recibiendo el castigo que algún hombre de la familia comete. Guzmán ejemplifica con el caso de un pandillero que se quedó con el dinero de una extorsión y huyó a otro sector de la prisión.

-Mandan a llamar a la mamá y le dicen “mire, su hijo le va a dar un dinero”. Pero la madre no llega y, en su lugar envía al esposo y a la hija. Y terminan matando a la hermana y al papá. No fue ella la que cometió la falta, pero termina pagando. Y de hecho, quien los mató

fue un pariente, un primo del pandillero, que también era pandillero. Y no le importó, porque su familia es la pandilla y no la de sangre.

Guzmán asegura que es más común que los asesinatos provengan de la misma pandilla que de la pandilla rival.

-En la pandilla 18, por lo menos, se ha descubierto que ellos castigan con la muerte a sus miembros cuando cometen una falta. En general, en la 18 matan más a sus mujeres a que la otra pandilla le mate a sus mujeres. Por eso decimos que uno de los grandes enemigos de esa organización son ellos mismos.

Marcados por la Zeta

-¿Cómo va a titular lo que escriba?- dice sentada en la oficina de la directora de la prisión.

No espera respuesta.

-Porque si el titular va a ser “Zetas asesinos, Zetas sanguinarios”, yo no hablo.

Ana no disimula el fastidio y la desconfianza. Inclina la cabeza hacia atrás, para que los ojos queden entornados, como quien ve desde arriba, aunque esté sentada.

Sale al rescate Lilian, a quien yo había entrevistado hace unos años, cuando ella recién había ingresado a prisión. Lilian lleva ya cinco años por tráfico de estupefacientes. Una maleta con cocaína detectada antes de despegar. En aquella entrevista reconoció su culpa; no se consideraba víctima. ¿Su motivación?

-Equipar con balones, espejos y pesas el gimnasio que recién había instalado.

Lilian era campeona de fitness. Participó en concursos internacionales. Su novio, en ese entonces, la convenció de que aquella era una buena idea, se independizaría de su trabajo como instructora en gimnasios ajenos. Salió con una maleta llena y fue capturada en el primer puesto de registro del aeropuerto en Guatemala. Lilian ha aprovechado el encierro para dar cursos de aeróbicos, organizar a las reclusas para pintar las paredes, organizar los concursos de belleza, en fin, no se ha dado tiempo para la claustrofobia. Ella fue el último eslabón de la cadena del tráfico, tanto así que asegura: “yo no he pertenecido al crimen organizado”. Se excusa, le interesará hablar cuando sean temas sobre el sistema carcelario, la vida en prisión o el trabajo que realizan las reclusas. Del crimen organizado no tiene nada que decir.

Ahora Lilian se encarga de dar un voto de confianza a la entrevistadora. Ana ve con recelo; no está convencida.

-Aún no sé como titularé, es lo último que hago cuando escribo. Te mentiría si te digo un título ahora.

Acepta. Con la consigna repetida: sin fotos, sin nombre.

Otra vez, sin fotos, sin nombre. Ana y dos mujeres más que pertenecieron al grupo organizado de narcotráfico de los Zetas, Mariela y Carmen –ambas con nombres ficticios- contaron su historia a finales de julio, antes de que en México las estructuras del grupo de los Zetas siguiera fracturándose. Ellas se mostraban confusas respecto al futuro de la organización que entró a Guatemala en 2005 y se encargó de desplazar y en algunos casos eliminar a los tradicionales carteles de familias guatemaltecas. Con una serie de asesinatos y capturas en México y Guatemala, van saliendo a luz las piezas de un rompecabezas que parece que todos se encargan de armar un poco con los ojos vendados.

No hay un consenso sobre el futuro de la organización para dos de las entrevistadas: “Pareciera que esto ya se acabó, todos están cayendo”,

dice una. “La empresa es demasiado grande, muy grande, esto no se acaba”, dice la otra.

Para ellas no son los Zetas: Es la Empresa, es la Organización, es la Letra. Para ellas están los que nacieron Zetas, de quienes hablan con cierto respeto, temor, admiración, y por otro lado están los que por alguna circunstancia llegaron a trabajar allí. No saben explicar quiénes son los que nacieron bajo el nombre de la última letra, pero dejan entrever que son los que quizás dan la vida y matan por ésta: Los violentos. A las mujeres, cada una en diferente circunstancia, les interesa dejar claro que pertenecen o pertenecían a la facción “administrativa”; guardan cierto recelo con la “operativa”.

Ana es Zeta, fue Zeta, intenta dejar a los Zetas. Ana dice “ya se me va a pasar”, como si de un enamoramiento o de una enfermedad se tratara. Ana no niega los cargos que la llevaron a prisión, se introduce en su propia historia, una historia que “es como para un libro”, dice orgullosa. Agrega, con lujo de detalles una serie de anécdotas que bien le podrían cargar más años en la cárcel. Una mezcla de admiración y temor, de orgullo y vergüenza.

El tiempo en prisión, quizás, le ha dado tiempo para auto psicoanalizarse. Tiene claro el diagnóstico.

-Yo tuve un hogar integrado, mis papas están juntos, cuando nació mi papa quería que yo fuera varón, yo soy la mayor, me maltrataba mucho, verbal y físicamente. Le van gritando a uno, “no servís para nada, sos una mierda, sos la vergüenza de tu clase, sos una huevona”. Uno va creciendo y le van inyectando resentimiento.

No pretende dar lástima, intenta explicar por qué llegó “poco a poco” a involucrarse en la estructura de los Zetas.

-Siempre aprendí que en esta vida todo se arregla con dinero.

Ella viene de una familia, de clase media alta, de la Ciudad de Guatemala. A pesar de que ahora dice que ha aprendido que no es así, que no todo se arregla con dinero, sigue solucionando algunos asuntos cotidianos tras las rejas con eso, el dinero. Paga la “talacha” –la limpieza obligatoria- y el lavado de su ropa. Otras reclusas hacen el trabajo. En prisión también hay clases; si se tiene dinero, se está mejor. Ana se salva, tiene dinero para pagar, no dice de dónde lo saca.

Ana empezó haciendo pequeños encargos para la organización, hasta que fue reclutada con la condición “entrás aquí y ya no podés salir”. Ella conducía por la carretera y retaba a los policías, los saludaba. Los halcones la alertaban de los puestos de registro en el camino, pero ella no se amedrentaba, le gustaba aquello. Con cocaína o con armas en el auto, daba igual, se sentía poderosa, se decía a sí misma: “Qué cabrona soy”.

-Yo tengo el problema que a mí nada me da miedo, ni la muerte creo yo, aunque yo mire las balas encima, tal vez reacciono, pero no me meto debajo de un escritorio, veo cómo le hago. No tengo miedo, ese es mi problema.

-¿A quién le querías demostrar que eras cabrona?

-A mí misma.

Explica con orgullo que en muchos casos ella era la única entre un grupo de hombres. Se sentía bien. De pronto regresa a la historia familiar, a aquella familia en donde un hombre se encargaba de agredirla. Recuerda el abandono de su pareja, que la dejó con un hijo y nunca supo más de él, la rabia se esconde en sus ojos oscuros.

-Tal vez yo era una buena persona, pero esos resentimientos me fueron dañando.

Siempre hay algo, un momento que parece insignificante, una historia atroz, una herida. Hay un segundo, una fracción de tiempo, en el que ellas pudieron decir “no”, pero no lo hicieron. Dieron un giro al timón.

David Martínez Amador, columnista e investigador experto en etnografía y conducta criminales, aún ve grandes trechos entre lo que sucede en México y lo que se mueve en Guatemala. Las mujeres aún no participan en los carteles como lo hacen en México.

-No he visto aquí en Guatemala a una mujer portando un cuerno de chivo (rifle de asalto AK-47), como sí lo he visto en México.

Pero tampoco duda de que se vayan gestando cambios en las empresas familiares que constituían los grupos de narcotráfico, muy territoriales, donde parece conservarse el modelo de la mafia italiana patriarcal. Pero en las mafias se transformó, en México hay cambios evidentes y Guatemala podría seguirle los pasos. Se habla ya de algún grupo en que fue apresado el líder y su mujer se hace cargo del negocio.

Cuando el jefe es apresado o asesinado, es probable que tome el poder la persona de más confianza para él.

-¿Quién va a ser la persona de más confianza sino su mujer?- dice Martínez.

En los mandos bajos y en los mandos medios, aún no se observa una participación tan activa como sí sucede en las pandillas, o en grupos del crimen organizado relacionado con las extorsiones, se-

cuestro y trata de personas. Pero se van llenando espacios. Como en las pandillas –salvando las distancias sociales y estructurales que diferencian a una organización de otra-, el narcotráfico se aprovecha del imaginario de la mujer inofensiva. Ellas no son las sospechosas.

Sin embargo, en el caso de los Zetas, a diferencia de las pandillas que reclutan a mujeres muy jóvenes y de baja escolaridad, es posible que esta organización busque otro perfil: Mujeres entre veinte y cuarenta, con estudios. Mariela, por ejemplo, tiene título universitario y tuvo experiencia en empresas grandes de la capital.

-¡Qué vergüenza, Dios mío!- dice cuando describe el círculo del que viene, un colegio privado de prestigio, la universidad privada, también, y los trabajos en firmas reconocidas.

Mariela se ha encargado de realizar tareas logísticas. Mariela cayó, como afirma Liliana –desde su experiencia de cinco años en prisión- como cae el 70 por ciento de las mujeres en actos delictivos: por amor. Ella estuvo casada con un narcotraficante, se separaron, pero el grado de confianza que él tenía en ella lo llevó a encargarle tareas. Una profunda depresión, y una serie de sucesos que no se mencionan aquí para evitar que sea reconocida; la acercaron a los de la letra.

Sí, dice Martínez, estructuras de esas dimensiones requieren de gente preparada, que realice esos negocios transnacionales. “Su fin es la legalidad, a diferencia de las pandillas, el interés último es la generación de dinero y entrar a la legalidad, lavar. Las mujeres les pueden servir de halcones, para dar avisos y advertir para que el camino sea expedito, pero también requieren de personas preparadas, las mujeres perfectamente pueden llegar subir en la pirámide del poder”.

Una de las entrevistadas se atreve a decir: hay una mujer. Era muy cercana a un comandante, de los que fueron detenidos el gobierno pasado. Los dirigentes de los Zetas le tenían muchísima confianza y ella estaba totalmente entregada a la organización. Quizás, sólo quizás, aventura la fuente, sea esta mujer la que tome el control.

Carmen puede observar desde un minúsculo papel del reparto cómo se organizaban. Ahora lee *Los señores del narco*, de Anabel Hernández, y asegura:

-Si yo escribiera un libro, sería así. Es tal y como lo dice la periodista. Se lo recomiendo. Si nos volvemos a encontrar podremos conversar sobre el libro.

No es posible revelar dónde está Carmen, pero a diferencia de otras entrevistadas, que entraron a los Zetas por un cóctel que mezcla el despecho, la ambición y la búsqueda del poder, también marcadas por el maltrato de un padre o una pareja; ella llegó por necesidad. Carmen es madre soltera. En realidad, todas las entrevistadas son madres solteras. A pesar de tener un papel secundario, Carmen se interesa por desmenuzar la historia y la estructura de la empresa para la que trabajó. Subraya del libro los contubernios entre los gobiernos y la organización “aquí en Guatemala es igual que en México, como dice el libro”.

Reconoce que tomó una decisión equivocada, pero la sobrepasó la necesidad. Del tiempo en el que estuvo allí, dice en un principio, no tiene quejas. Aunque luego explica que para ser trasladada de un lugar a otro le vendaban los ojos, o hubo un tiempo en que estuvo encerrada en su lugar de trabajo sin saber dónde estaba. Explica también de un comandante que intentó seducir a su hija y ella tuvo que frenar el acoso.

“Como buenos, buenos. Como malos, mis respetos”

William de Jesús Torres Solórzano alias “Comandante W” es reconocido por las entrevistadas y por medios especializados, como el contacto en Guatemala con la dirigencia mexicana, cuando ésta aún no estaba fracturada. W fue apresado en Puebla, México, el 24 de julio de 2012. Torres Solórzano, según las entrevistadas, estaba a cargo del ala administrativa, a cargo del del trasiego, del movimiento de armas, de la instalación de puntos de seguridad: la logística. Mientras que Z200 (cuya identidad aún no está bien definida) se encargaba del ala operativa.

Por lo que dice Carmen, “W” o “el patrón” también se hacía cargo de las relaciones públicas, las alegres recepciones y los almuerzos ejecutivos. Por ejemplo, él organizaba las reuniones con Walter Overdick, conocido como “El Tigre”, el capo cobanero que optó por la estrategia de aliarse a los recién llegados al país, quien fue capturado y ahora espera la extradición a Estados Unidos.

A comandante W una de ellas lo describe como un tipo “honorable”, respetuoso, con reglas claras de cómo se debía tratar a las mujeres en la organización. Si alguien del equipo pretendía a alguna de las pocas mujeres que trabajaban para él, primero le tenían que pedir permiso y el consultaría con la aludida para saber si estaba interesada. De ser así, él daba la aprobación. Bajo el mando de W, ellas estaban seguras. Era un hombre responsable y discreto, dicen. Su mujer pagaría las consecuencias de tanta discreción; vivía en una soledad desgarradora.

Dicen ellas que cuando llegó la información de que Z200, el otro comandante, había entrado a la finca Los Cocos en Petén y que bajo su mando fueron asesinados 27 campesinos, 25 de ellos decapitados,

el 15 de mayo de 2011, el comandante W se puso furioso, al borde de las lágrimas. Sucedió lo mismo con el asesinato del fiscal del Ministerio Público, Allan Stowlinsky Vidaurre.

Allí fue cuando Carmen dimensionó en dónde estaba metida. Sintió rabia, una rabia profunda cuando aquello sucedió.

-La matacinga en Los Cocos... Yo no los conocía, pero eran mis paisanos. Como cuando asesinaron al fiscal; eso fue horrible.

Para ella, los culpables son otros. Son los que nacieron zetas, los zetas de corazón. Hasta antes de eso, la empresa era cualquier empresa. O más bien, una empresa admirablemente ordenada. Fue con esos hechos sanguinarios los que le hicieron querer salir, pero temió.

-El que entra a la empresa es para siempre- le dijeron a Ana.

Hablan de su participación con el grupo delictivo como si de una experiencia laboral se tratara. Eso sí, todas reconocen que salir o intentar salir no era una buena idea. Esas sutiles armas del poder y del miedo.

Ninguna se considera víctima. Asumen su responsabilidad y los resultados de sus decisiones. Funciona de tal manera que le bajan el volumen, suavizan el hecho de que es probable que si se retiran de la empresa o de la organización las maten a ellas o a su familia. Eso sí, cuentan con rencores sin curar, cuando les ha tocado trabajar con algún comandante que, a diferencia de lo que dicen de W, no considerara las mismas directrices de respeto del líder.

Ya se ha dicho, la organización de los Zetas, fundada por ex integrantes de los grupos élite de los ejércitos de México y Guatemala,

gafes y kaibiles, funciona con un estilo militar. Ellas, al igual que sus compañeros colaboradores, tienen que vivir en comunidad. Convierten las 24 horas en las casas a las que son asignadas y de las que pueden ser trasladadas por necesidades de seguridad de la organización. Tienen permisos esporádicos para visitar a los hijos.

Depende del comandante la suerte que correrán. Los hay serenos, organizados y respetuosos. Los hay machistas, prepotentes, autoritarios y violentos. Ana y Carmen, cada una en diferente momento y lugar, explican el mismo revés: estar bajo el mando de un comandante brutal. Cuando hablan no hay dolor, hay rabia.

Una mala mirada, una contestación inoportuna, un descuido provoca el castigo: Uno, el “chiriguataso”, con la mano empuñada se deja el dedo medio apretado entre los otros dedos y ¡zaz!. El golpe en la parte baja del cráneo, donde finaliza el cuello, en ese hundimiento sensible, que además de un fuerte dolor, despierta la ira.

Dos, “la tableada”. Un trozo de madera, de unos 15 centímetros de ancho por un metro de largo (Carmen, indica con las manos las dimensiones aproximadas, y mientras lo hace parece volver a ver el despreciable objeto del castigo).

La tableada directo a las nalgas, a las piernas. Carmen la sufrió y quedó morada por varios días. Humillada y adolorida.

Tres, “la amarrada”, el castigado es atado a un árbol o a un palo, en algún sitio de la casa, de la finca o “del monte” en donde estén; y puede pasar semanas con la mínima ración de alimentos. Ninguna de las mujeres que hablaron sufrió el castigo, pero vieron cómo se aplicaba. Y eso puede ser una eficaz arma disuasoria.

Bueno, está el cuarto, el que sólo mencionan al pasar: la muerte. Cuando ha habido una traición profunda. Cuando algún colaborador se quiere pasar de listo e iniciar su propio negocio o se le descubre haciendo pactos con otros grupos, los tradicionales; simplemente desaparece.

Carmen fue tableada, pero Ana se resistió, se negó. Desde ese “no me da miedo nada” dijo: “Vos a mí no me tableáis, mejor matame”. Y su arrogancia la salvó, aunque siguió resistiendo por meses a un comandante que la humillaba y presionaba.

Dice Carmen:

-Cuando son buenos son muy buenos, pero cuando son malos, ¡mis respetos!

Ellas no hablan de los excesos, la violencia, lo sanguinario que Ana se niega a aceptar en un titular. Guardan silencio.

Cuando hablan, omiten la violencia, se hacen las desentendidas. Pero es ese mismo silencio el que hace más evidente que algo hay que callar. Una de ellas explica de varias historias que escuchó: la de una mujer “pre-pago” –trabajadora sexual- que fue contratada por un comandante que tenía fama de violento. “Las contrataba sólo para pegarles, desnudarlas y humillarlas, dicen que lo hacía porque su mamá había sido prostituta”. Con esa chica, al comandante drogado y alcoholizado “se le pasó la mano, la mató”. La testigo llegó a la casa cuando los guardias habían limpiado todo, sólo un indiscreto le contó.

Escucharon también historias de las esposas o las amantes que eran asesinadas porque le eran infieles a su pareja, pero todo es de “oídas”. Sin embargo, es imposible pensar que escuchar esas historias no provoque en las reclutas el temor de dar un paso en falso. O el caso de una mujer que fue asesinada, luego de que su esposo, miembro de un grupo, fuera asesinado frente a ella, mientras ella quedó ilesa. “Sospecharon que ella era cómplice y la mandaron a matar”, dice Carmen.

Norma Cruz, explica que de las decenas de casos que reciben en Sobrevivientes, la organización pro justicia que ella dirige, en las que se brinda asistencia jurídica, albergue y atención a mujeres víctimas de la violencia; han recibido con cierta frecuencia denuncias de mu-

eres que denuncian a sus parejas maltratadoras, y le explican que son narcotraficantes. La dificultad, según Cruz, es definir el grado de peligrosidad que puede haber, o hasta que punto el hombre es parte de las filas del narco, o simplemente se dedica al narcomenudeo y no tiene demasiado poder. Lo curioso, es que Cruz recibe más denuncias de mujeres víctimas de parejas narco que de mujeres maltratadas por las pandillas.

Pero, dice Kepfer, en el caso de los hombres que maltratan a su pareja no se puede generalizar. “Para ellos es una profesión, y ser violentos puede ser parte de esto, pero no significará que lo sean con su pareja, en otro espacio”.

En el caso de los Zetas y de otros carteles del narcotráfico, aún no se detectan tantos asesinatos y venganzas directas contra mujeres, como sí suceden en México, asegura Martínez Amador. En muchos casos las muertes suceden porque ellas estaban en el lugar equivocado cuando eliminarían a su acompañantes. Aunque hay cifras de asesinatos relacionados con crimen organizado, aún no son lo suficientemente rigurosas como para poder definir hasta que punto el narcotráfico puede ser responsable de los índices de asesinatos y femicidio. No es posible saber si la violencia contra ellas, si llegaran a participar más activamente dentro de las organizaciones, pudiera agravarse.

Hace dos horas que Alejandra acabó su café. Sigue pasando las páginas de su vida de atrás para adelante y viceversa.

Ella soltó el gatillo. Dejó las drogas y habla de la educación de sus hijos con ilusión, pero hay algo en su discurso que siempre la lleva a cargar con una especie de fatalismo en el que presente, a pesar de sus esfuerzos, que en algún momento las va a pagar. No habla de tener miedo a la justicia, a que la atrapen. Algunos de los delitos que ella asegura haber cometido aún no han prescrito.

Es esa percepción generalizada, casi inconsciente, de que la persecución penal y la impunidad campean rampantes en Guatemala. Aunque las investigaciones criminales empiecen a mover sus oxidados engranajes, y haya espacio para el optimismo en el tema de la investigación criminal, no pasa por la cabeza de Alejandra hablar de una posible captura o de un juicio. En una omisión fatal, a Alejandra, la que entrevista, tampoco se le ocurre preguntar. Ambas olvidan pensar en la justicia.

Pero en el discurso de Alejandra, la que respeta la regla de no fumar, siempre revolotea una ominosa fatalidad y está por caerle encima.

-¿Crees en el karma?

-Sí, creo. Creo que todo tiene consecuencias.

Menciona a las familias que pueden haber sufrido por lo que ella hizo. A pesar de que intenta hacerlo todo bien, siente que algo malo, en algún momento, le va a suceder.

-Una empieza a entender un poco cuando se ha sensibilizado, el porqué de las broncas violentas y todo este rollo. No es por justificar, pero aun los narcotraficantes, son gente que careció de amor. Compran a una chica de 16 que les haga show y que después la utilicen no uno ni dos, sino varios. Se puede comprar el cuerpo de alguien, pero jamás los sentimientos de esta niña o de personas que tengan a su alrededor.

Parafrasea la teoría del edificio del sociólogo Edelberto Torres Rivas, en la que se compara a la sociedad guatemalteca con una construcción con cinco niveles, sin escaleras o ascensores entre sí. En el penthouse los ricos, en el sótano los pobres.

Alejandra, sin citar a Torres Rivas, escarba y crea un piso más al fondo:

-Abajo del sótano de los pobres, están los presos, los pandilleros y expandilleros. En ese sótano, en ese mapa, ni siquiera existen. A ellos nunca los van a ver esos que tienen el poder, que tienen bigote, tienen rostro, tienen nombre.

-Alguien dijo que la violencia es el humo, ¿es la desigualdad el leño que produce el fuego?

-No, la inequidad no es el leño. La inequidad es el ocote-.

El ocote son las astillas de pino, cargadas de resina, muy inflamables. El ocote sirve para encender el fuego, para prender el leño, para mantenerlo vivo.

-La desigualdad te enferma y te mata, es un cáncer. Se requerirá de muchas quimioterapias emocionales para curar a esta sociedad. Al final los prisioneros, o los pandilleros, los que estamos allí, somos el bagazo de la sociedad. Y entre nosotros mismos nos comemos.

¿Víctimas o victimarios?

Ellas no se presentan como víctimas. Asumen su responsabilidad, se hacen cargo de sus decisiones. Pero pagan con el silencio. Un precio tan alto que en algunos casos puede implicar pagar condenas más largas en prisión. Carmen dice: “Ojalá los investigadores del MP tuvieran un sicólogo que descubriera cuando una está mintiendo por miedo, porque una no puede hablar, pero entonces ellos sabrían...”.

Sí, todo indica que son victimarias, que en la mayoría de casos deciden, aunque las circunstancias las empujen con fuerza. Pero, al mismo tiempo, en esos juegos perversos de luces y sombras. Se convierten en sombras bajo la sombra, en víctimas.

Han perdido sus nombres, han perdido su familia y amigos, tendrán que callar por siempre. Libres o en la cárcel han perdido su identidad. Luego de ser apresadas, o cuando alguna logra escapar: “Son desechables”, dice Carlos Menocal.

Las que están en la cárcel parecen tranquilas, serenas. No se observa en ellas una urgencia desesperada por que pase el tiempo, no hablan de salir, no hablan de libertad o de pedir apelaciones en sus sentencias. No hablan de futuro.

Quizás, sólo quizás, porque el horror está afuera.



Detrás de la cortina, la línea del tren. En la calle, las centroamericanas, incluso menores, son explotadas.



Ellas sólo “ficherean”, dicen.



Carolina fue vendida.



Carolina estuvo tres años encerrada, prostituida.



“En los juzgados. Es extraño ver que llega algún familiar a acompañarlas.”



Lilian fue apresada por tráfico de drogas. Nunca conoció para quién trabajaba. Su ex novio fue el contacto.



Sin nombre.



Sin rostro.



Con miedo.

